

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1862. — TOMO XIX.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 21. — Nº 477.

Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

SUMARIO.

Catástrofe de la mina de Hartley; grabado. — **Estudios de costumbres.** — **Abertura del monte Cenis;** grabados. — **Revista de Paris.** — **Las campanillas.** — **Epigramas.** — **En verso y prosa.** — **La Cité de Paris;** grabado. — **Un año de matrimonio.** — **Las Memorias del buey gordo;** grabado. — **Inauguracion del ferro-carril de Roma á Velletri;** grabado. — **La poesia pastoral.** — **Revista de la moda.** — **Inauguracion del ferro-carril de Roma á Velletri.** **El banquete;** grabado. — **J. E. Biot;** grabado.

Catástrofe de la mina de Hartley (Inglaterra).

El 15 de enero último, una de las mas horribles desgracias que hayan tenido lugar hasta el dia en las minas, sembraba la desolacion en el distrito de North-Shields en Inglaterra.

La bomba de las minas de carbon de Hartley se rompia, y un árbol que pesaba 20 toneladas caia en el agujero de la mina, arrastrando consigo materiales de toda especie. Ocho hombres que se hallaban en la caja de extraccion se hundian con ella al fondo de la mina, y

otros cinco quedaban muertos en el acto. De resultados de este accidente toda comunicacion se cortó con 219 hombres y muchachos que trabajaban en una galeria.

Los mineros y los mecanicos disponibles en el contorno se emplearon inmediatamente en emprender las obras necesarias para libertar de una muerte segura á sus infortunados compañeros.

Durante una semana estas obras se prosiguieron sin descanso. Las dificultades que terciaban eran enormes: habia que abrir una barrera de 33 piés de espesor, obstruida con maderos y materiales de mucho peso, y era imposible que trabajaran mas de dos hombres á la vez; pues faltaba espacio para un mayor número. Por su par-



Catástrofe de la mina de Hartley (Inglaterra). — Entrega de los cadáveres á las familias de las víctimas.

te los mineros enterrados trabajaban con toda la energía de la desesperación; pero al cabo de cierto tiempo se oía hora por hora disminuir el ruido de sus esfuerzos.

Las cercanías de la mina presentaban el más triste espectáculo. Las familias de los obreros sepultados esperaban allí con ansiedad las noticias de lo que adelantaban los trabajos de salvamento, y sin cesar recitaban oraciones por las víctimas.

Todo cuanto se hizo fué inútil; ninguno de los infelices que habían quedado en la mina de Hartley fué sacado vivo; solo encontraron sus cadáveres que ascendían a 219.

Al punto se abrió una suscripción en favor de las viudas y los huérfanos que ocasionó esta espantosa catástrofe; y se cuenta con que llegara a 15,000 libras esterlinas.

La muerte hiere ciegamente, pues si una población debía no merecerla por su temperancia y economía, era la de Hartley. Los habitantes pertenecen a la secta metodista, y practican de tal modo la temperancia, que jamás se ve un hombre ebrio en las calles de esa localidad donde ni siquiera hay una taberna.

Estudios de costumbres.

AMOR QUE MATA.

CARTAS DE ROBERTO A ENRIQUE.

I.

Madrid 9 de diciembre de 1859.

Quiero ante todo describírtela. Después te contaré de qué manera la conocí.

Es delgada, esbelta y de regular estatura: su cuerpo elegante y flexible: su pié inverosímil por lo pequeño. Tiene ojos negros y rasgados, que revelan a la vez una dulzura incomparable y una energía invencible; su frente es noble y despejada, y en ella se adivina una inteligencia superior; cuando se sonríe, — y Camila se sonríe pocas veces, — descubre unos dientes de maravillosa blancura y de una forma admirable; su boca y su nariz son artísticas, y completan aquella fisonomía que no tanto llama la atención a primera vista como después que se la examina y analiza.

Es seria y grave generalmente, lo cual no excluye una bondadosa afabilidad; así primero impone y después subyuga. Con sus inferiores es humilde; con sus iguales atenta; con sus superiores, — si es que alguno se considera tal, — se muestra altiva y quizás orgullosa.

Sus miradas son tan penetrantes y tan castas, que al fijarse en cualquiera le conmueven y le consuelan; su voz es una música tan armoniosa, que cuando resuena nadie es osado a interrumpirla; sus palabras tienen un vigor y un encanto que se graban en la memoria del hombre más indiferente: Camila no abriga pretensiones de brillar, y sin embargo, donde esta eclipsa completamente a las demás mujeres. Y no creas que conoce siquiera los rudimentos de la mas vulgar coquetería; al contrario, es tan modesta, que solo gusta del retiro, de la oscuridad, del silencio. Cuando alguno la mira, ella se repliega y se esconde como esa flor hermosa, símbolo de la pureza y del recato, que se llama la sensitiva; en fin, cuando se siente objeto de la curiosidad ó de la admiración que por do quiera inspira, huye y se aleja encendida y ruborosa.

Una mañana salía yo de misa: á la puerta del templo, entre una multitud de mendigos, había una mujer que no mezclaba su voz en el discordante coro de sus compañeros. Palida, descañada, cadavérica, solo tendía la mano en silencio á los transeúntes; pero su rostro y su actitud revelaban una desesperación tan profunda, un dolor tan inmenso, que la vista de aquella infeliz me hizo daño, y me detuve para socorrerla. Al propio tiempo dos señoras se acercaron también á darle limosna.

— ¡Gracias, gracias! exclamó la pordiosera al ver la moneda de plata que las desconocidas la entregaban. ¡Gracias en nombre de mis hijos!

Estas palabras fueron proferidas con un acento tan desgarrador y tan elocuente, que la mas jóven de las dos damas volvió á detenerse.

— ¿Cuántos tiene Vd.? preguntó á la mendiga con una voz melodiosa.

— Tres, señorita, repuso la desdichada madre, y merced á Vd., no se moriran hoy de hambre y de frío.

Había una sinceridad y un sentimiento tan vehemente de gratitud en estas palabras, que Camila, como yo, como su madre, hondamente conmovida, no pudo contenerse, y añadió:

— ¡Vamos a verlos!

— ¡Vamos a verlos! repetí yo involuntariamente.

Exhaló la pobre mujer un grito de sorpresa y de júbilo, y echó á andar con rapidez.

La casa estaba cerca; nosotros nos hallábamos en la Carrera de San Gerónimo, y la miserable mansión de aquella triste familia era un horrible desvan en un edificio sucio y hediondo de la calle de la Aduana.

Subimos una escalera estrecha, empinada y oscura, y nuestro guía empujó al fin la puerta de una especie de

granero, donde tres niños, el mayor de cinco años, yacían casi moribundos sobre una estera vieja, mal cubiertos por unos cuantos andrajos. En el mezquino aposento no había otros objetos que dos sillas sin asiento, una mesa coja, un baul vacío y un barreño sin lumbre. Enrique, tú que tienes un alma sensible y generosa, hubieras llorado como nosotros al contemplar aquel cuadro de espantosa é incomparable miseria.

¡Camila y su madre hicieron más! Corrieron á la estera, tomaron cada una uno de los niños en los brazos y los calentaron amorosamente en su seno. Entonces fué cuando pude contemplar el rostro de entrambas, cubierto antes por tupidos y espesos velos; entonces cuando pude advertir la sorprendente semejanza, no solo de las facciones, sino de la expresión de las dos fisonomías. La madre es una señora de cuarenta á cuarenta y cinco años, en cuya frente se lee una vida pura é inmaculada: todavía es notable su belleza, y aun puede cautivar á los hombres con algo más que con el atractivo de su bondad y de su dulzura. En cuanto á Camila, verla y amarla fué para mí obra de un momento. Enrique, acaso la conoces, y quizás la admiras; pero sin embargo, si la hubieras contemplado en aquella ocasión, te hubiese parecido, cual á mí, la imagen de la caridad descendiendo del cielo para venir á consolar los dolores humanos.

Habiase echado hácia atrás la mantilla de seda y blondas; junto á su pecho y oculto por el schall tenía al menor de los niños, que reanimado por el tibio calor y los tiernos cuidados que ella le prodigaba, comenzaba á exhalar lamentables quejidos. Dos lágrimas rodaban como dos hilos de plata por el semblante de la jóven, oculto en parte por sus magníficos cabellos, que se habían despreñado en medio de su emoción. Claudia, su madre, algo menos agitada, preguntó á la mendiga si no tenía un poco de fuego con que reanimar á sus hijos.

— ¡Nada, señora! exclamó la infeliz. ¡Ni fuego, ni pan, ni siquiera agua!

Esta frase me pareció una reconvencción á mí, que estaba allí de inútil espectador de tal escena.

— ¡Esperad un minuto! grité. Yo traeré cuanto se necesite.

Hablando así, me precipité á la escalera, y la bajé veloz y orgullosamente como si fuese la de un palacio.

Media hora después estaba de vuelta, seguido de un mozo cargado con toda clase de provisiones. Camila me dirigió una mirada inefable; su madre me envió una sonrisa afectuosa; Luisa, la mendiga, se arrojó á mis piés y abrazó tiernamente mis rodillas.

— ¡Gracias, señor! exclamó la infeliz levantando los ojos al cielo. Pero ¿voy acaso á morir cuando solo miro ángeles en torno mío?

En menos tiempo del que tardaré en referírtelo hicimos lumbre, é improvisamos un refrigerio para la madre y sus pequeñuelos... Mas escenas tales no son para descritas; cuando la frugal comida se hubo terminado, Claudia y Camila se alisaron los cabellos; compusieron el desorden de sus trajes, y tornaron á cubrirse el rostro con los velos. Al ir á marchar, Camila se acercó de nuevo á besar al niño que había tenido en los brazos, y notando que estaba todavía yerto, se quitó ligeramente su abrigo de merino gris, envolvió en él á la desvalida criatura, y siguió á su madre, que la aguardaba en el dintel de la puerta.

Al ver tan incomparable acción, caí de rodillas y besé uno de los pliegues de su falda de seda al cruzar ella por delante de mí para alejarse.

— ¡Volveremos! ¡volveremos pronto! dijo Claudia á la mendiga, haciéndola un afectuoso saludo.

— Volveremos, repitió Camila con una voz digna de resonar en el coro de los alados serafines que rodean el trono eterno del Criador del mundo.

II.

En efecto, todos hemos vuelto, pero no nos hemos reunido nunca más los tres: Luisa y sus hijos, en lugar de la inmunda pocilga donde antes vivían, tienen ahora un sotabanco ventilado y bonito por donde corren y juegan sus tres hijos alegres y bulliciosos. Claudia y Camila son ricas, y la han enviado lo mucho que la desgraciada familia necesitaba; yo soy pobre, como que no cuento con mas recursos que mis trabajos literarios para vivir; pero he hecho por ella lo que he podido. Luisa se ha puesto á planchadora, y gana lo bastante para no temer la miseria; yo enseño á leer y á escribir á su hijo mayor, á fin de que algún día llegue á ser útil á su pobre madre, la cual nunca ha sido más venturosa que ahora, y me profesa un cariño inmenso.

— ¡Ah! me decía ayer mientras planchaba unas mangas de Camila. ¡Qué buena pareja harían Vds. los dos!

Yo me estremecí y no respondí nada, porque semejante idea me pareció insensata. Camila, según te he dicho arriba, es millonaria, y no pensara nunca en un poeta sin mas bienes que su poco ó mucho talento. Y después, si ella creyese que yo la pretendía por su dinero, me moriría de vergüenza. No: bien lo sabes tú, no hay nada en el mundo más despreciable para mí que ese vil metal, origen de tantas bajezas, de tantas infamias, de tantos crímenes. Si Camila fuese pobre como yo, correría á ofrecerle mi corazón y mi mano, seguro de que no me confundiría con esa moderna pléyade de cazadores de dotes, que corren sin pudor y sin rebozo detrás de todas las herederas de cincuenta mil duros para arriba, aunque sean feas, aunque sean ridículas, aunque sean jorobadas.

III.

Ayer la ví en la Fuente Castellana, adonde bajé á última hora: iba con su madre en una lujosa carretela, y escoltada por un jóven que la hablaba por la ventanilla. Las dos señoras me conocieron sin duda; pero yo, con mi genio corto y encogido, no me atreví á saludarlas. Y ¿porqué las había de saludar? ¿He sido presentado, por ventura, á ellas? ¿Saben quien soy ni cómo me llamo? Entonces, ¿no juzgarían imperdonable osadía que porque la casualidad nos ha reunido para una obra de caridad me diese ya por amigo suyo? No, no: vale más que cada uno permanezca en su sitio; que yo no salga de mi humilde esfera; que no me acerque á ese sol que puede derretir mis alas de cera como las del infortunado Icaro.

A la segunda vuelta examiné al acompañante de Camila: era un hombre de veinte y seis á veinte y ocho años, de buena presencia, pero de maneras vulgares. Nada en su rostro revelaba que poseyese las dotes del entendimiento. Vestido con una elegancia discutible, de cuando en cuando se miraba en los cristales de la carretela, cual Narciso en las aguas del río. Otras veces pasaba una mirada satisfecha por toda su persona, admirando su bota á *Vecuyere*, su calzon ceniciento, su rabricorta americana. Parecióme que Camila no escuchaba sus palabras con grande interés, porque ya volvía los ojos á otra parte, ya ahogaba un bostezo entre los pliegues de su pañuelo de batista.

Mientras me dedicaba á estas observaciones, se acercó á mí el conde de L..., á quien saludó con sumo respeto el presunto adorador de Camila.

— ¿Quién es ese jóven? le pregunté.

— Un excelente muchacho, me contestó: Eduardo Villareal, hijo de un comerciante, el cual le dejó una regular fortuna, que él no despilfarrará de seguro; que de seguro aumentará. Es económico hasta la avaricia, trabajador é infatigable: su único ídolo es el dinero, y se dedica á adquirirlo por todos los medios imaginables. Yo le conozco porque de él me valgo para mis negocios, y admiro a un tiempo su laboriosidad, su honradez y su deseo de llegar a ser poderoso. El no descansa ni un momento: por las mañanas trabaja en su escritorio; después en la Bolsa, y las tardes y las noches las dedica a hacer el amor al dote que se propone conquistar.

— ¡Cómo! le interrumpí con viveza. ¿Pensará quizás en casarse con Camila Monteverde?

— Es matrimonio arreglado ya, añadió el conde con una frialdad que me hizo estremecer. El padre de la niña era íntimo amigo del padre del novio, y a la hora de la muerte expresó a la viuda su voluntad de que se unieran los dos jóvenes y las dos fortunas.

Al oír estas frases no pude contener un suspiro.

— Claudia, continuó el conde, que es una excelente, una santa señora, creería faltar á sus mas sagrados deberes si no llevase a cabo el postrer deseo de su marido, y Camila, aunque no muy prendada de su futuro, es harto buena hija para oponerse á los designios de los que la dieron el ser.

— Y ¿debe celebrarse pronto la boda? pregunté yo con acento tan trémulo, tan entrecortado, que el conde me miró fijamente.

— Eduardo Villareal, repuso, trata de apresurarla por cuantos medios tiene a su alcance; pero Claudia la retrasa con pretexto de que su hija es demasiado jóven, aunque realmente con el plan de que un largo trato y el conocimiento de las buenas cualidades del novio acaben de vencer la repugnancia que hacia él siente Camila.

Mi corazón se dilató al escuchar estas últimas palabras. ¡Ah! ¿Con que ella no le quiere? ¿Con que por el contrario experimenta cierta repulsión respecto de él? ¿Con que ese hombre de números y de positivismo es antipático á su delicada y generosa organización?

Y sin darme cuenta de nada, me entregué á una alegría loca. No, no es que abrigase quiméricas esperanzas; no es que en el desvío de Camila hacia el bolsista viese yo el porvenir de mi naciente pasión; no, lo que me sublevaba era la idea de que aquella jóven tan bella, tan pura, tan inteligente fuera a caer en manos de quien solo la considerase cual una rica mercancía.

El conde había cesado de hablar, y yo guardaba silencio entregado á mis gratas reflexiones, cuando volvió á pasar á nuestro lado la carretela. Camila sacó la cabeza, dirigiéndome una mirada tan expresiva, que me inundó de inexplicable júbilo. No es que la mirada fuese de amor, ni que descubriese los sentimientos secretos de su alma; sino que en un instante me reveló que si acaso nunca llegaria á amarme, al menos jamás seria para ella un objeto de aversión ni de indiferencia. Aquella mirada, — así la interpreté yo, — quería decir:

— Te he reconocido, y no he olvidado que juntos hemos socorrido al pobre, y juntos consolado al triste.

Al propio tiempo, Eduardo Villareal, que iba detrás de la carretela, clavó en mi sus ojos fríos, estúpidos, insignificantes.

— ¿Quién es ese? preguntó en alta voz á otro jóven que le acompañaba.

— Es un poeta, respondió su *adlatere* en tono desdeñoso.

Las dos frases llegaron tan distintamente á mis oídos, que me volví á entrambos interlocutores y les dirigí una sonrisa de desprecio.

Respecto de Eduardo, puede que hubiese en ella tanta parte de este como de odio.

— ¿Odio? ¿Porqué?

Hé ahí lo que yo me decía á mi mismo al encaminarme al anochecer hacia mi casa.

IV.

18 de diciembre.

¿Qué falta me haces en Madrid, querido Enrique! Tú, mi único amigo, tú mi hermano del corazón, el solo hermano que me resta en el mundo, tú serías mi consuelo y mi apoyo en estos días de lucha y de tormento! Pero escríbeme con frecuencia, Enrique: dime el camino por donde debo marchar. Yo te obedeceré ciegamente en todo, pues á pesar de que soy el menos joven de los dos, tu razón es más fría que la mía; tu vista más perspicaz, y así me indicas siempre cariñosamente los escollos en que puedo estrellarme, los abismos en que voy á caer. ¡Ah! ¿porqué el destino nos ha separado? ¿Porqué te detiene en París ese negocio de que depende tu fortuna? Soy fatalista, no lo ignoras, y creo que si estuvieras aquí me salvaría de esta crisis horrible, que ausente tú debo perecer en ella. Tú has sido en los largos años de nuestra amistad mi ángel bueno, mi defensor, mi guía..... ¡Enrique, Enrique! ¿Porqué me has abandonado?

Mis cartas anteriores te lo han debido expresar; y la de hoy no hará sino confirmarlo. Si, estoy enamorado, locamente enamorado, y sin la menor esperanza de ser correspondido por una mujer que va á casarse con otro. Y mientras más pugno por arrancar de mi pecho esta saeta emponzoñada, más y más se introduce en él, más y más profundamente me la clavo.

Camila, créeme, es digna, completamente digna de la inextinguible pasión que me ha inspirado. Todo es en ella angelical, su rostro, su corazón y su carácter. Sin duda ha comprendido ya los sentimientos de mi alma, porque en sus placidas miradas hay tanta clemencia como conmiseración.

La veo todos los días; la sigo á todas partes. Está abonada en un palco bajo del Teatro Real, y yo he tomado una butaca enfrente. Allí al menos, cada tres noches tengo la seguridad de poder encontrarla, de poderla contemplar algunas horas. Ciertamente es que mi oficioso rival está también allí; pero el conde de L... tenía razón: Camila no se halla enamorada de él. Jamás sus ojos le dirigen ese lenguaje divino del amor, que solo comprenden las organizaciones privilegiadas; jamás Camila le recibe con efusión ni le mira partir con pena; jamás le envía una de esas sonrisas que son de parte de la mujer querida lo que el rayo de puro sol para la flor, para la espiga y para la planta.

Verdad es que Camila no me ama, pero en cambio tampoco le ama á él, y esto me produce un júbilo, un placer salvaje. En vano es, pobre histrion, que finjas, que aparentes un afecto que nunca sentirás; en vano que trates de hacer creer que son de pasión esos transportes estudiados delante del espejo; no te afanes por aparentar que rindes culto á la hermosura y á la inteligencia, cuando por el contrario, nadie ignora que tu ídolo exclusivo es el becerro de oro; no te esfuerces, ni te agites, no te canses, porque á nadie engañas, y como en las *marionetas* de la feria, como en los autómatas de palo, todos vemos en ti la cuerda ó el alambre, origen de tus exagerados movimientos.

V.

26 de diciembre.

Este amor, Enrique mío, ha llegado á posesionarse de tal modo de mí, que no pienso, que no hablo, que no me ocupo sino de él. Las horas que antes consagraba al sueño, las destino, ó á escribir estas cartas, — en las cuales hay tanto de afecto hacia ti como de verdadero egoísmo, porque al propio tiempo que me dirijo á ti, tengo ocasión para continuar tratando de ella, — ó en dedicarle versos que despues publico en el periódico donde escribo. ¿Comprenderá Camila que son míos? ¿Conocerá mi nombre? ¿Sabrá que Roberto de Salazar es el mismo á quien vió en la guardilla de Luisa, el mismo que la adora, que la idolatra? Es posible que no: es fácil que al pasar los ojos indiferentes por mis pobres composiciones, no sospeche siquiera que ella las ha inspirado, que ella es mi genio bueno y mi musa; que es el objeto único á que consagro mis vigiliadas y mis obras; mi pensamiento y mi razón: en fin, todas las potencias de mi alma, todas las facultades de mi ser.

VI.

30 de diciembre.

La idea de que Camila ignore mi amor, me irrita, me desespera, me mata. Vivimos los dos en círculos sociales tan distintos, que no hay esperanza de que nunca nos encontremos. Ella no frecuenta las fiestas y las reuniones del gran mundo: sus placeres se reducen á dar unas cuantas vueltas por la tarde en la Fuente Castellana, á asistir cada tres noches al Teatro Real, y rara vez á los demás coliseos. En su casa no entran sino algunos amigos antiguos de su padre, y Eduardo Villareal, que no falta á hacerle la tertulia y á vigilar para que no se le escape su rica presa. ¿Cuándo, cómo, de qué suerte he de poder descubrirla esta pasión inmensa,

no para que la premie, no para que la corresponda, sino para que la comprenda? Y si la llevo perpetuamente escondida, oculta en mi pecho, su misma violencia la hará estallar y me causará la muerte.

¡La muerte!

No la tengo miedo, Enrique; pero no quiero morir sin que ella sepa cuanto la he amado, sin que yo la explique la pureza y la santidad de mi amor. Que no me confunda nunca con los miserables que la persiguen por vil interés; que no me confunda, sobre todo con Eduardo, hé ahí mi único deseo, hé ahí mi más ardiente voto.

VII.

4 de enero.

He dado ya con la fórmula que buscaba; Camila sabrá cuáles son mis sentimientos, pero de una manera pública y misteriosa á la par; yo se lo diré á todo el mundo, y sin embargo, ella sola lo comprenderá.

Yo hubiese podido corromper á un criado y hacer llegar á sus manos una de esas cartas estúpidas y vulgares que se conocen bajo el nombre de declaración amorosa; yo hubiese podido, en el secreto del hogar doméstico, encontrar un auxiliar dócil y un instrumento seguro... pero ambos medios serían indignos de los dos: de Camila, porque la habrían rebajado al nivel de esas coquetas que reciben cartas y las contestan; de mí, porque hubieran profanado esta pasión casta y purísima. No, no: ya que Dios me ha concedido la facultad preciosa de poder hablar á todos desde esa elevada tribuna que se llama la prensa; ya que puedo ataviar la realidad con las galas de la fantasía, puesto que soy poeta, puesto que soy novelista... voy á escribir una novela.

Una novela que leera, Enrique, porque yo se la enviaré; una novela en la cual se reconocerá desde el principio por el retrato que de ella pinte; una novela, por último, que comenzará con la narración exacta de nuestro encuentro en la guardilla de Luisa. Así me reconocerá: así sabrá desde el principio quién la escribe: así podrá decirle un día y otro mis dolores, mis angustias, mis amarguras. Entonces se persuadirá de la inmensidad y de la pureza de mi cariño; de que nada pido ni nada espero; de que me contento con poder hacer llegar á sus oídos estas sencillas y sublimes palabras: « Te amo y te amaré mientras exista. »

¿Crees, Enrique, que se ofenderá de que no teniendo otro medio haga llegar por ese hasta ella la voz de mi desventurado amor? ¿Crees que no comprenderá, que no perdonará la necesidad suprema que me impele á hablarla de él? ¿Crees, en fin, que no se trocará en odio y en aversión su piedad y su dulce benevolencia?

VIII.

12 de enero.

¡Arte divino de Gutenberg, yo te bendigo! A no ser por él, todos los desheredados del mundo, todos los gigantes de la inteligencia, Cervantes y Shakespeare, Lope de Vega y Byron, Calderón y Molière, Garcilaso y Goethe, no hubieran alcanzado la gloria inmarcesible que hoy rodea sus nombres. A no ser por ese admirable descubrimiento, el pueblo de Alemania no habría leído la *Vida es sueño*, ni el de Rusia el *Quijote*; á no ser por él, la humanidad hubiese vivido en la barbarie y en la ignorancia, no recibiendo, cual ahora recibe, la ilustración y la cultura merced á esa palanca de civilización llamada la imprenta. ¡A no ser por él, cuántos talentos habrían muerto ignorados, cuántos poetas oscurecidos, cuántas nobles acciones habrían quedado ocultas, cuántos grandes hechos secretos, cuántos beneficios sin galardón, cuántos crímenes sin castigo! ¡A no ser por él, la queja del pobre, el infortunio del huérfano, la miseria de la viuda, el desvalimiento del anciano, no hubiesen merecido atención ni consuelo! En fin, ¡á no ser por él, Enrique mío, Camila no hubiera sabido nunca cómo la amo, cuanto la amo, y por qué la amo!

Yo se lo digo cada mañana en las columnas del periódico á que esta suscrita: para los demás es una novela la que escribo más ó menos interesante; para ella únicamente es una historia verdadera, sencilla y elocuente.

¡Con qué temor torné á verla despues de haber publicado el primer capítulo! ¡Cómo temblaba encontrarla enojada de mi atrevimiento, ofendida de mi licencia! Pero la mirada que me dirigió estaba llena de dulce misericordia. « Pobre loco, quería decir, una vez satisfecho tu deseo, una vez justificadas tus intenciones, una vez revelada una pasión que agradezco, pero de que no participo, aléjate, huye de mí. Yo no te amo, ni nunca podré amarte: ¿á qué quieres padecer lo que no me será dable aliviar? »

¡Ay! ¡Huir! ¿Es posible huir de ella cuando se la ha visto? ¿Huye el pájaro de la serpiente que le fascina; huye la mariposa del fuego que abrasará sus alas; huye el hombre de la mujer que le cautiva y le encadena? No, no; yo no puedo huir de ti; si este amor es causa de mi muerte, no importa; yo lo bendeciré todavía, porque si me proporciona horribles torturas, también me trae desconocidas delicias. Estas son únicamente las ojeadas fugitivas que tú me envías, Camila, cuando estas al lado de Eduardo Villareal, y en las que leo tanta piedad, tanta tristeza, tanta conmiseración, que me penetran de júbilo y de ventura. Algunas veces él la espia

y las sorprende: algunas veces me lanza miradas terribles é iracundas... la idea de que puede llegar un día en que me pida satisfacción de este amor secreto y no correspondido, es la única que me sonríe y me reanima. Si los dos llegásemos á cruzar la espada... si yo le hiriese... si yo le matase...

Jamás he aborrecido á ninguno, Enrique; jamás he hecho el menor daño á nadie; pero ese hombre con su vanidad ridícula, con su vana satisfacción de sí mismo, con su descarada codicia, con su cinica ambición, me causa profundo horror, invencible repugnancia.

IX.

17 de enero.

Hay noches en que sufro en el Teatro Real tormentos solo comparables á los de los condenados en el infierno. Ayer cantaba Mario *los Hugonotes*, y mi alma se hallaba predispuesta á toda clase de sensaciones, ya tiernas, ya terribles. Mario es mi cantante favorito, y su voz tiene para mí una magia y un poder indescriptibles. Sucesivamente me arranca lágrimas ó aplausos; ora me templa como un balsamo suave, ora me excita como un hierro candente.

Ayer estuvo inspirado, sublime, en el tercer acto de la ópera, y varias veces lleno de frenético entusiasmo levanté la cabeza al palco de Camila implorando de ella una sola mirada de simpatía; pero á pesar de todos mis esfuerzos, sus ojos permanecieron fijos en otra parte, indiferentes, desdeñosos para el infeliz que tan poco solicitaba. Entonces torné los míos al punto donde ella los tenía clavados, y vi á Eduardo Villareal en un palco de enfrente. Sin duda Camila temió que le disgustase tan pequeño favor.

Fuera de mí, frenético, delirante, me levanté de mi asiento y me escapé del teatro, llorando, gritando, blasfemando, clavándome las uñas en mi propia carne. Si en aquel instante hubiese encontrado á Villareal, de seguro le habría hecho pedazos. Felizmente la noche estaba serena; hacia un frío espantoso, y á los pocos minutos de correr por la plaza de Oriente recobré la razón. Entonces me dije á mi mismo que era una verdadera demencia luchar contra el destino; que así como la caña se dobla y no resiste al huracán, yo debía ceder é inclinarme ante los deseos de la Providencia; que si Camila no me amaba y amaba á otro, no había más remedio que resignarme y tener paciencia. En fin, pasando de un extremo á otro, acabé por convencerme de que todo era un mero capricho, una cuestión de amor propio que terminaría ante un esfuerzo de mi voluntad. Un viaje de dos ó tres meses me pareció un medio excelente de cortarlo todo, y me acosté haciendo los planes más lisonjeros y agradables para el porvenir.

Esta mañana me levanté animado de las mismas risueñas esperanzas, y proyectando ir á reunirme contigo en París. ¡Con qué placer pensaba en el momento en que nos viésemos! ¡Cómo se conmovía mi corazón á la idea de estrecharte entre mis brazos! ¡Cuanto me regocijaba la de recorrer juntos todos esos sitios, que tienen para mí el recuerdo de los primeros años!

— ¿Porqué no he de partir mañana? ¿porqué no he de partir hoy mismo? exclamé.

Y cada vez más animado, me vestí á toda prisa, y corri á despedirme de Luisa y de sus hijos.

Enrique, ¿sabes á quién encontré allí? A Camila con una aya joven, á la que yo no conocía.

¡Cúmplase mi destino! Ya no me ausentaré de Madrid, ya no huiré de los peligros que me amenazan ni de los tormentos que padezco. Enrique, ¡me ha dirigido una mirada dulcísima, unas cuantas palabras insignificantes, y he vuelto á ser su humilde esclavo!

X.

20 de enero.

¿Necesito decírtelo? A pesar del suplicio que padezco, á pesar de mi firme resolución de partir, de mi vivo deseo de abrazarte, Enrique, he renunciado cobardemente á mi proyectado viaje. Aun estoy aquí, y lo conozco, estaré hasta que este horrible combate me cause la muerte, ó hasta que yo mismo me la dé en uno de esos raptos de verdadera locura que á menudo me acometen. ¡Dios mío! ¡Que esta vida, pura hasta hoy de toda mancha, no se deshonre nunca con un crimen!

Tú ves la agitación de mi espíritu, las ideas insensatas que le atormentan... Pues bien: cuando recibo una de tus siempre anheladas y queridas cartas, por algún tiempo vuelven la calma y el sosiego á mi conturbada razón. Ellas, como la lluvia en los abrasados campos, templan, refrigeran y consuelan mi afligido corazón; ellas ejercen su acción benéfica y saludable lo mismo sobre este que sobre la cabeza. ¡Oh Enrique, Enrique! ¡Si te tuviese junto á mí!

Todo continúa lo mismo que antes: veo á Camila la mayor parte de los días en la Fuente Castellana, casi siempre escoltada por Eduardo Villareal, que esta persuadido de mi amor, pero que en su estúpida fatuidad no le da por lo visto la menor importancia. En ocasiones me dirige sonrisas tan provocativas, tan insolentes, que varias veces me ha faltado poco para arrojarme sobre él y abofetearle; mas cual si comprendiera lo que pasa en mí entonces, Camila me envía una de sus celestiales miradas que hacen desaparecer mi ira en el momento. Cada tres noches la encuentro en el Teatro Real, y aque-

llas son mis horas mas felices. Yo soy el primer espectador que penetra en la vasta sala, cuando el bullicioso paraíso se halla todavía vacío; cuando algun individuo de la orquesta afina cuidadosamente su instrumento; cuando los acomodadores dormitan perezosos sobre las butacas de terciopelo. Músicos y dependientes del teatro me miran con extrañeza, diciéndose para sí mismos:

— ¡Este es un buen provinciano que no quiere perder ni una sola nota de la sinfonia!

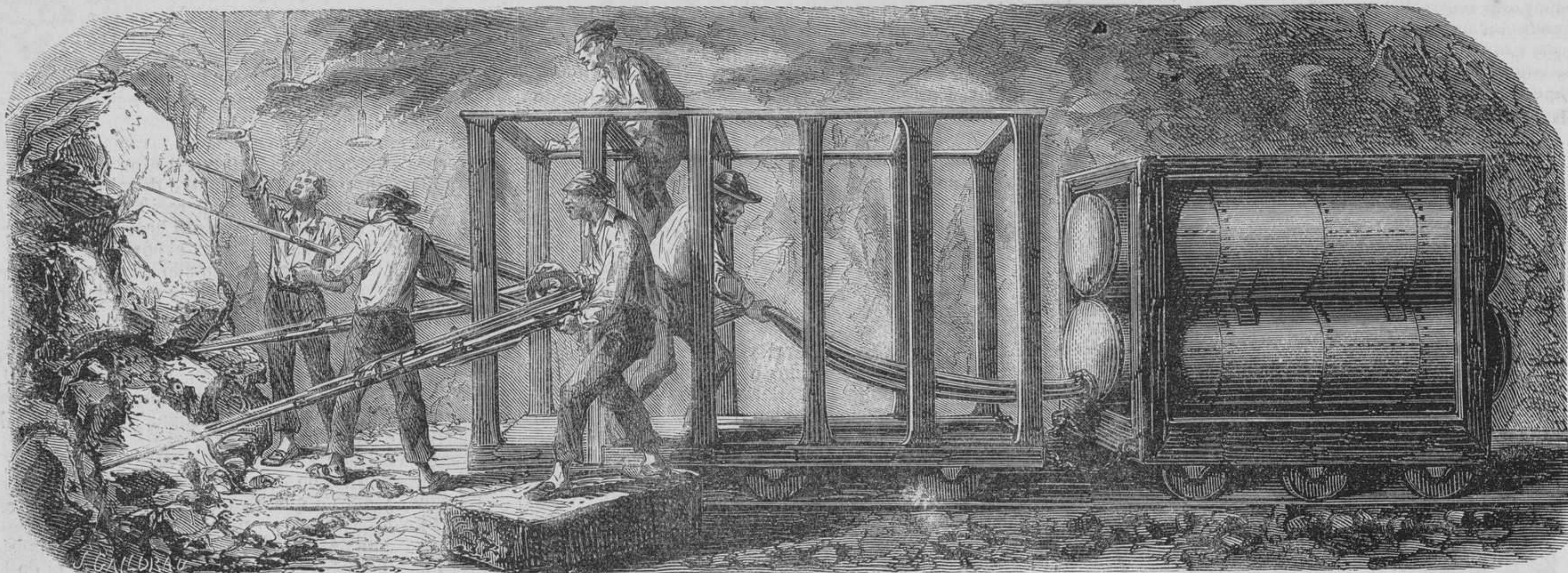
Cada palco que se abre me produce una conmoción, un estremecimiento nervioso, creyendo que es el de Camila, y que voy a verla aparecer deslumbradora de hermosura, coronada de flores, vestida como una hada, como una huri, de tul, de gasa ó de crespon. ¡Cuántas tristes de-



Abertura del monte Cenis. Habitación de los ingenieros.

cepciones antes de que se realice mi grato sueño! Camila llega generalmente tarde y se coloca en su sitio haciendo el menos ruido posible, porque teme que noten su presencia; así, cuando algunos importunos le asestan sus descomunales anteojos, ella se esconde púdicamente, ó vuelve la cabeza al lado opuesto. ¡Qué bella está con las megillas cubiertas de rubor, con una leve expresion de disgusto y de impaciencia en su angélica fisonomia! ¡Qué bella pasando su pequeña y delicada mano por sus oscuros cabellos, fingiendo que los alisa, pero en realidad queriendo solo ocultar su rostro!

Desde el primer instante me ve y me envía una ojeada imperceptible, que se filtra por sus largas y sedosas pestanas como un tibio rayo de sol por entre el espeso follaje del



Obreros perforadores.

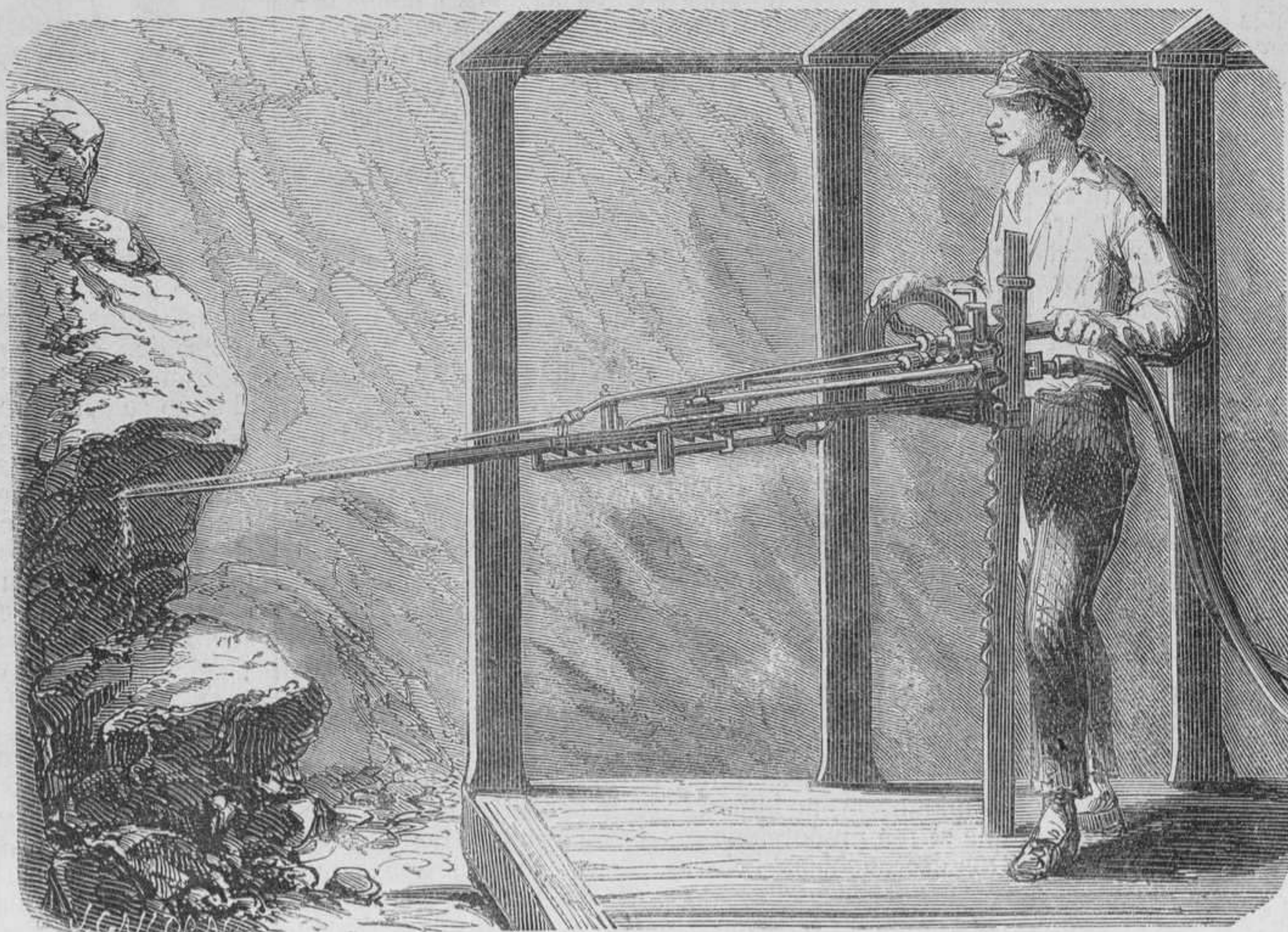
bosque; despues busca el semblante placido y rubicundo de mi odioso rival y corresponde con gravedad á su orgulloso y satisfecho saludo. Eduardo parece decir con él á sus vecinos y compañeros de butaca:

— ¿Veis esa mujer tan jóven, tan linda, tan elegante? Pues tiene diez millones de dote y se va á casar conmigo.

Concluido el segundo acto, Eduardo corre al palco de Camila, y hace allí una entrada triunfal.

Luego se coloca al lado de su futura, y la distrae con los recursos de su amena conversacion, de su entendimiento cullivado, de su elevada inteligencia. ¡Qué tristes son las sonrisas de la pobre niña, obligada á aparentar que le hacen reir las gracias y chistes de su macizo adorador! ¡Qué amargura y qué desaliento se leen con frecuencia en aquella frente blanca, tersa y lisa como el alabastro!

¡No por eso es menos horrible mi tortura! Cuando mis facciones se contraen por efecto de ella, cuando mis ojos centellean, cuando mis dientes re-



Máquina de perforar.

chinan, cuando en fin parece que va á estallar mi comprimido furor, Camila me envía por debajo de los anteojos una mirada suplicante, tiernísima, y me sereno, y callo, y padezco nuevamente.

PEDRO FERNANDEZ.

(Se continuará.)

Abertura

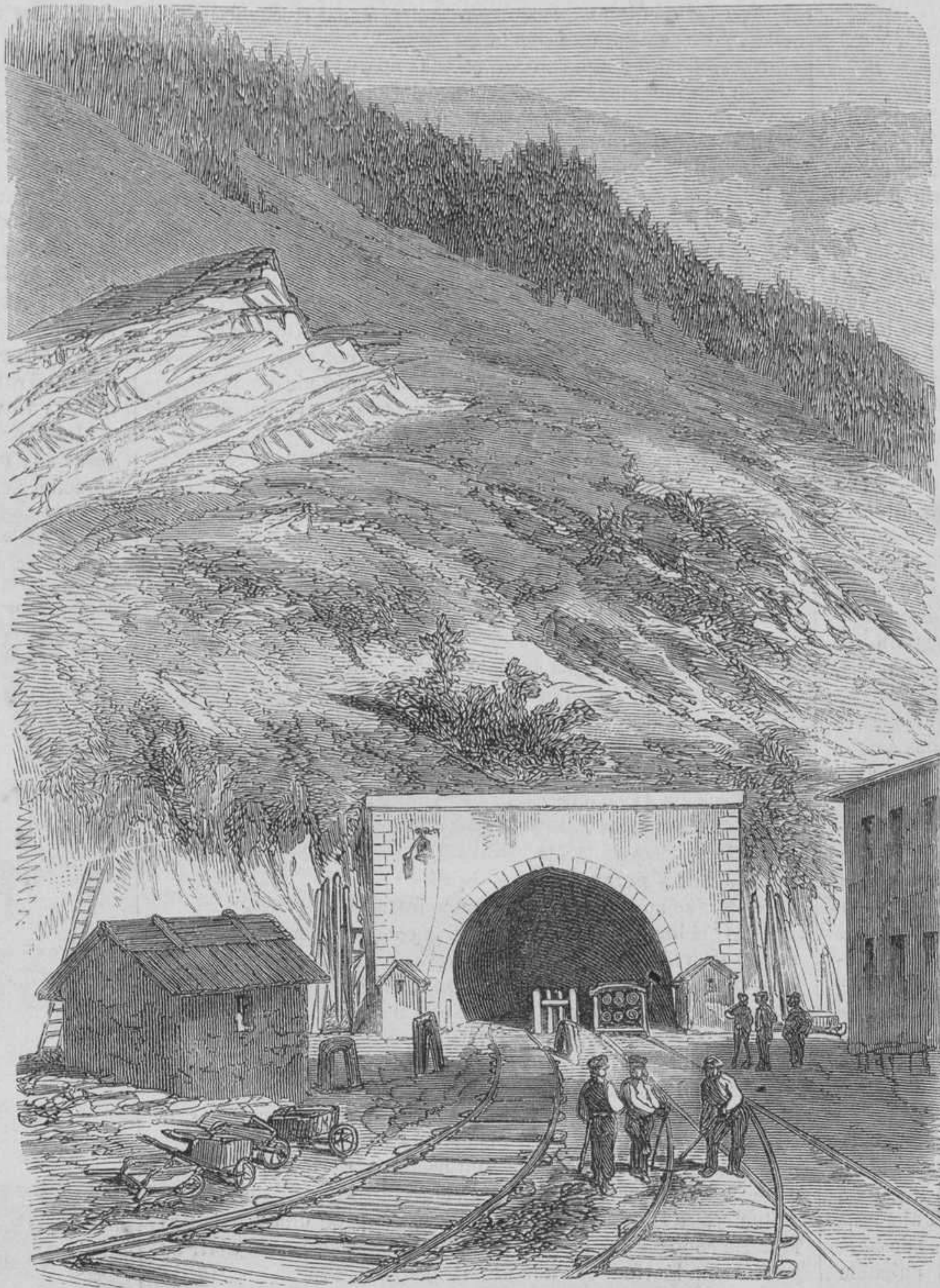
DEL MONTE CENIS.

El dicho metafórico de Luis XIV, «ya no hay Pirineos,» ha venido á ser una realidad. Las montañas han dejado de existir, si se consideran como barreras inexpugnables; la ciencia moderna no hace caso de ellas, y así sucede que mientras elevan en las nubes sus cumbres cubiertas de nieve, la locomotora se abre un camino á sus pies, precipitando su vuelo por medio de

ellas lo mismo que si corriera por las llanuras.

¿Quién habla ya de los picos de los Pirineos ó de los Alpes? Ahí están sometidos, se concluyó su resistencia. Sin embargo, parecen que un día llegará en que la montaña así desdeñada y humillada tomará su desquite. Los señores ingenieros, alentados por sus triunfos, llegarán sin duda á menospreciar el Etna ó el Vesubio, como las cuevas mas raquíticas; pero entonces habrá algo nuevo: el volcan descubrirá su artillería de fuego, de lavas y de materias incandescentes, escupirá torbellinos de humo y lanzará á la llanura á la raza atrevida.

Mientras llega ese instante, las máquinas de perforar continúan su obra. Pronto hará ya diez años que la compañía de los ferro-carriles sardos emprendió la tarea de poner en comunicacion la Francia con la Italia atravesando los Alpes por el punto mas angosto de la cordillera, por la garganta de Suse, entre Modane y Bardoneche. El gobierno de Victor Manuel, queriendo contribuir á los enormes gastos de la sociedad, se encargó de la abertura del monte Cenís, y en vista de los diferentes proyectos que le propusieron para el caso, aprobó el que consistía en abrir una galería de dos cuevas, una hácia Modane y la otra hácia Bardoneche. Era un trabajo gigantesco que exigía todo un nuevo sistema de perforacion. Segun el cálculo ya hecho, procediendo por los medios ordinarios que se emplean para la abertura de los tuneles, se habrían necesitado treinta y cuatro años para llegar á la otra parte de la montaña. Por consiguiente, hubo precision de prescindir de los sistemas conocidos. Sabido es que en los viaductos subterráneos ordinarios, cuando el terreno no presenta una profundidad excesiva, se practican de distancia en distancia unos pozos que bajan hasta el nivel de la galería que hay que ejecutar; por estos pozos se introducen los grupos de obreros repartidos á lo largo del tunel, y las obras emprendidas sobre muchos puntos á la vez adelantan simultáneamente. Pe-

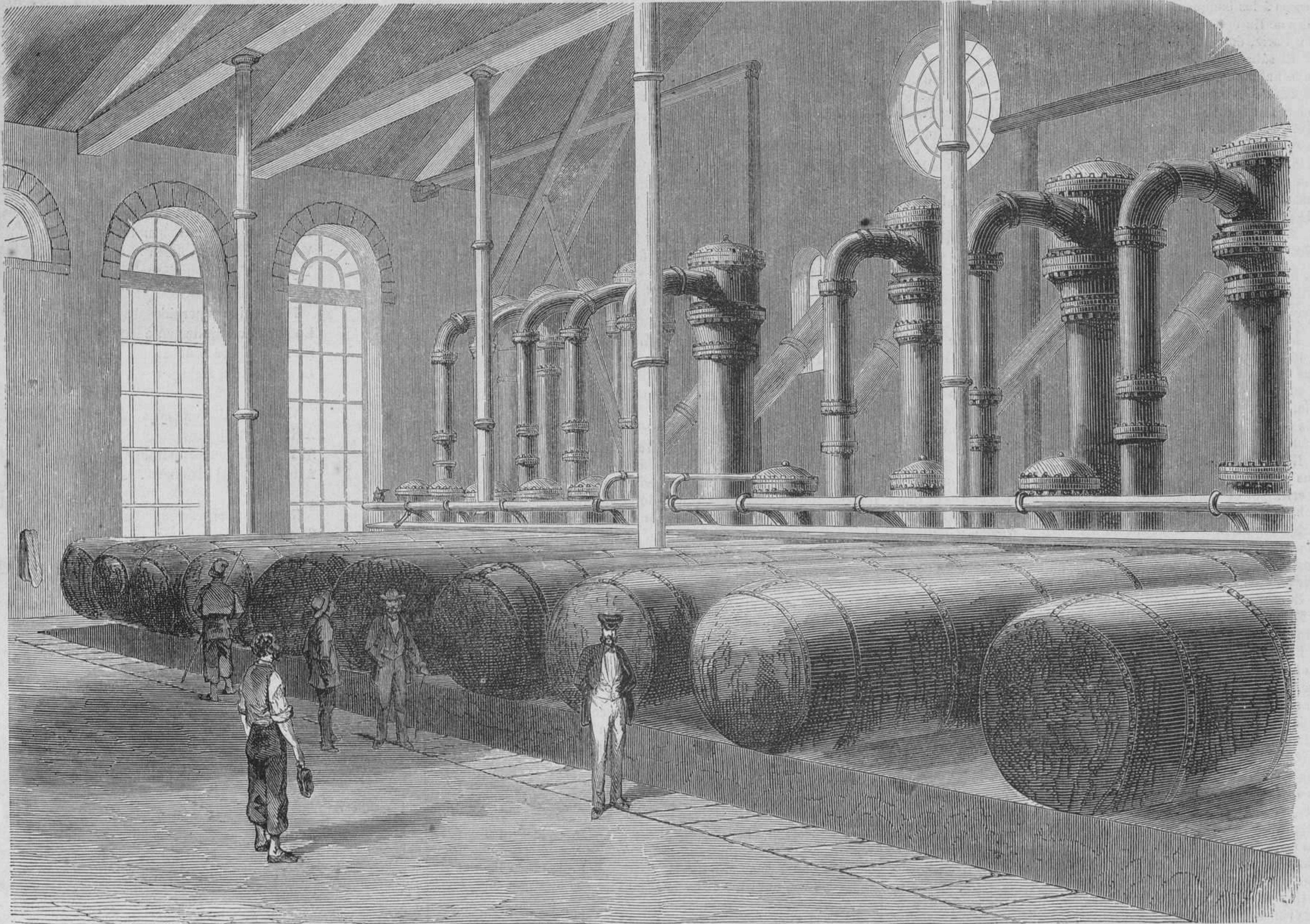


Estrada del tunel.

ro aquí, en la imposibilidad de llegar á los flancos de la montaña por vias de semejante naturaleza, era preciso atacarla por los dos puntos extremos. A medida que trabajaban sobre el obstáculo con los picos y la pólvora, la dificultad crecía. Tratabase de sacar los materiales desprendidos, de evitar los hundimientos, de preaver los accidentes, las grietas, las inundaciones; pero aun habiendo salido todo á gusto de los ingenieros, quedaba una dificultad mas grave todavía, la del problema de la ventilacion.

Para la respiracion de los obreros y para que pudieran arder las luces, era preciso establecer una fuerte corriente de aire, arrojar con una enorme violencia de propulsion ese elemento hasta el fondo de las galerías, y establecerse en fin, en los flancos del monte Cenís, en medio de una atmósfera sana. Hoy damos el dibujo de los aparatos empleados en esta admirable operacion. En nuestra lámina se ve representada la parte principal del sistema puesto en práctica por el lado de Bardoneche. Trabajan ocho perforadores colocados sobre sus cureñas. El aire comprimido es conducido en cilindros que corren á lo largo de la via hasta el fondo de la galería, que tiene ya 1,700 metros de largo. El tubo, que es flexible, se pliega, se repliega y se alarga segun se quiere, es decir, segun el estado de adelanto que presentan las obras. Otros tubos independientes unos de otros salen del gran conducto generador y llevan el aire á las diferentes partes del tunel. Aunque el peso del carro que sostiene las máquinas sea de 12,000 kilogramos, sin embargo, sus enormes cureñas se mueven con la mayor facilidad. Cada uno de los compresores, dando tres golpes por minuto, produce 180 litros de aire, esto es, 32,400 litros en el espacio de una hora. En veinte y cuatro horas las máquinas puestas en accion dan un total de 3.240,000 litros de aire fresco y puro esparcido en todas las partes del tunel, que cambiando el aire viciado por los fuegos y la explosion de las minas, coloca á los operarios en una atmósfera saludable.

H. C.



Máquinas empleadas para enviar el aire al tunel.

Revista de Paris.

Un extranjero recién llegado á Paris hacia de esta manera la descripción de sus habitantes: « — En Paris todas las mujeres son jóvenes ó quieren parecerlo, y los hombres abrigan igual pretension. En Paris todas las edades se tocan por sus gustos, todos los sexos se asemejan por sus flaquezas. La alegría de los parisienses es puramente exterior. Se canta en las calles y se llora en las casas. Los coches corren la posta; las gentes que van á pié caminan como los fugitivos despues de una derrota; los lacayos se visten de amos; los amos tienen sentimientos de lacayos. Eso es Paris en miniatura. En Paris lo mismo que en Venecia, se lleva careta todo el año sin que le cueste un céntimo á nadie. Amos y criados, pequeños y grandes, cada cual encuentra en su fisonomía mil fisonomías que arma y desarma, que dispone apropiándolas á lo que tiene que hacer ó que decir. Esa elasticidad de rasgos fisionómicos es particular á los habitantes de esta ciudad inmensa, cuya vida toda es una mentira perpétua de rostro y de corazón, entre los cuales no reina jamás el menor acuerdo. Como nada es mas peligroso aquí que mostrarse á cara descubierta, voy á hacerme una coleccion de caretas de toda especie. Tendré para por la mañana, para por la tarde, para por la noche; tendré para las antecámaras, los salones, los gabinetes, los teatros, las audiencias, etc., etc. »

La carta es larga, y á pesar de su evidente exageracion, verídica en cuanto al fondo de las cosas; pero nos limitamos á citar ese párrafo, porque en él se pinta bien en efecto, lo que es la vida social en Paris, dado el carácter de los tipos que entran á componerla. Una cosa es preciso decir en descargo de los parisienses, á saber: que esta gran ciudad es el refugio de todas las escorias que otras naciones arrojan de su seno. Nada mas fácil que venir á Paris y establecerse lujosamente; aquí nadie pide cuentas al extranjero acerca del origen de su fortuna; con tal de que brille en sus recepciones, con tal de que sus fiestas sean ostentosas, no solo no se averiguan sus antecedentes, sino que al indiscreto que quiere entrar en la via de las revelaciones, caso que haya que hacerlas, á la primera palabra se le cierra instantáneamente ese camino, pues la sociedad parisiense no es murmuradora. Sin embargo, á veces interviene la justicia, y en este único caso es cuando se desploma todo el edificio.

Justamente los periódicos de la semana hablan de una captura importantísima que hizo el sábado último la policía, y que justifica ese empleo general de la careta que observó á su llegada á Paris el extranjero á que nos referiamos. En junio del año próximo pasado se cometió un robo considerable en el Banco de Berlin por uno de los empleados del establecimiento. El culpable habia desaparecido, y todas las investigaciones practicadas desde aquella época para descubrirle habian sido infructuosas. Las señas del empleado infiel se habian transmitido á la policía, asi como á los banqueros y á los cambistas de las principales ciudades de Europa, en tanto que nuestro hombre se habia refugiado en Paris, donde se daba una vida de príncipe.

El sábado por la tarde encargó al portero de la lujosa casa que habitaba, que fuera á cambiarle un crecido número de billetes del Banco de Prusia, que componian un total de mas de cien mil francos. El cambista al ver tal cantidad tuvo recelos, pero supo disimularlos y entregó al dador de los valores prusianos un bono de cien mil francos, pagaderos en el Banco de Francia. Sin embargo, siguió al portero, y una vez que conoció la casa en que habia entrado, advirtió á un celador de policía, quien mandó á dos agentes, para que fueran detrás de él al Banco y le prendieran.

Así lo hicieron, y el hombre de los billetes declaró que aquellos valores le habian sido entregados por un tercero.

- Nos indicará Vd. quién es, le dijeron los agentes.
- Imposible; no recuerdo su nombre.
- ¿Ni su domicilio?
- Tampoco.

Llevado ante el celador, no tuvo mas remedio que declarar que la persona que le habia encargado cambiara aquellos billetes estaba en Paris y dió sus señas. Los agentes se trasladaron á su casa, y hallaron al ladrón que se dejó prender sin resistencia. Aun tenia en su poder mas de 300,000 francos, despues de los enormes gastos que habia hecho para establecerse en Paris, dándose todo el tono de un aristocrático personaje.

El miércoles último, M. Linant, un escultor de fama, daba á sus amigos una bonita funcion lírica, compuesta de una opereta escrita por el vizconde Lostanges, ordenanza del mariscal Canrobert: su título es el *Criado poeta*. Para esta representacion se habia improvisado un teatrillo muy bien adornado, delante del cual se confundian muchas notabilidades artísticas y literarias, deseosas de admirar esta produccion, que en breve se ha de poner en escena en uno de los teatros de ópera.

Cuatro artistas de talento estaban encargados de los papeles, y Mlle Faivre, que desempeñaba el de Gabriela, fué aplaudida con entusiasmo.

Esta Gabriela despierta el mas vivo interés. Condenada por su familia á casarse con un hombre vulgar é indigno de su aprecio, que durante largo tiempo ha sido el mayordomo de la casa, se encuentra algunas horas antes de su boda con un joven á quien ama, y que por sucesos imprevistos ha estado separado de ella.

Mientras los dos enamorados buscan vanamente un medio de conjurar la desgracia que les amenaza, Lafleur, « el criado poeta » apela á todos los recursos de su imaginacion para ayudar á sus jóvenes amos. Embriaga al mayordomo, le hace olvidar la hora de la boda, y entre tanto, su afortunado rival, á favor de las tinieblas de la noche, se presenta ante el altar con Gabriela. Cuando el mayordomo vuelve en sí, su prometida es la esposa de otro hombre.

Hay en esta opereta, entre otras piezas, un brindis, un duo y una romanza que harán furor en el teatro.

Como una escena de costumbres parisienses tenemos que contar ahora una historieta original y verídica.

En uno de los barrios de Paris donde hay mas afluencia de

pintores y escultores, existe un inmenso café frecuentado por ellos, y cerca de él una tienda de modas.

Ahora bien, en uno de estos últimos dias de sol y de calor que tienen tan molinos á los patinadores del bosque de Boulogne, un joven estaba sentado á la puerta del café, en tanto que en el otro lado de la calle se asomaba á una ventana del entresuelo una joven que fijaba su atencion en la tienda de la modista.

El joven era pintor y miraba á la vecina, persona muy conocida en los talleres del barrio, pues su profesion consiste en servir de modelo á los artistas para figuras de pintura ó de estatuaria.

El pintor, despues de haber hecho en vano algunos esfuerzos para fijar hácia él la atencion de la joven, se levantó del café, y atravesando la calle, entró en la casa de enfrente.

— ¿No me has visto? la preguntó un poco picado y con el tono de familiaridad que usan los artistas con sus modelos del sexo femenino.

— Sí, le respondió la joven modelo llamada Zelina.

— ¿Y no has comprendido que estoy sin hacer nada por tu causa, que tus ausencias me impiden acabar mi cuadro?

— Sí, repitió Zelina con el mismo sosiego.

— Entonces ¿porqué no has venido á mi estudio como habiamos quedado?

— Por una razon muy sencilla, porque no tengo sombrero para salir de casa.

— Mal pretexto; dias atrás le tenias.

— Es verdad, pero hoy ya no le tengo, y estoy mirando uno en la tienda de enfrente que es lindísimo. Mírale.

El pintor se asomó á la ventana y vió el sombrero.

— ¿Qué te parece, amigo mio?

— Precioso es en efecto.

— ¿Me le regalas?

— No.

— ¡No! ¿Y porqué no?

— Porque no tengo dinero en este instante.

— ¿Qué importa? En esa tienda te conocen, porque en ella se surten tu madre y tu hermana.

— Hablemos francamente, repuso el artista sin querer hacerse cargo de esta insinuacion; ¿quieres ó no venir á mi estudio?

— No, respondió Zelina.

— Entonces, hasta la vista.

— Hasta la vista pues.

El pintor se fué bastante incomodado, pues seguramente le era indispensable Zelina para concluir su pintura comenzada, y se dirigió á su estudio, situado un poco mas arriba en la misma calle.

Su portera le entregó una carta procedente de una provincia; la abrió con rapidez, la leyó subiendo la escalera, y al abrir su puerta una lágrima brillaba en sus ojos.

Esta carta era de su hermana, y contenia el siguiente párrafo:

« Te encargo, mi querido hermano, que ya que no has podido acabar tu cuadro, no hagas ningun sacrificio por mí el dia de mi santo, como acostumbras; si me envias otra cosa que tu amistad, puedes estar seguro de que me enfadaré de veras. »

Un cuarto de hora despues, Zelina que continuaba mirando por la ventana, vió que el pintor volvía y entraba en la tienda de modas. Persuadida de que trataba de darla gusto, observó lo que pasaba, y vió que efectivamente sacaban el sombrero de la muestra.

El artista salió á la calle, pero en lugar de llegarse á verla como se habia figurado, pasó adelante y desapareció.

— Volverá luego, se dijo Zelina.

Y esperó al artista, y sobre todo el sombrero, que sin duda debian subirla á poco rato. Pero hé aquí que llegó la noche sin que nadie llamara á su puerta. Por fin, cansada de esperar, bajó á la calle y se fué en derechura á la tienda, donde vió una caja preparada sobre el mostrador.

— ¿No han comprado en esta tienda un sombrero hace pocas horas? preguntó Zelina.

— Sí, hemos vendido esta tarde uno que estaba de muestra.

— ¿Y á dónde le han enviado ustedes?

— A ninguna parte todavía: aquí tiene Vd. las señas de la persona á quien se dirige.

Zelina vió que el sombrero estaba destinado á la hermana del artista.

Sin decir una palabra mas, se mordió los labios y entró en su casa, donde escribió al punto al artista un papelito en que le noticiaba que jamás volvería á poner los piés en su estudio.

El pobre pintor anda en busca de una modelo cuyo tipo presente alguna semejanza con el de Zelina, para poder concluir la figura que tiene empezada, y que es la principal del cuadro en que trabaja hace mucho tiempo, y en el que funda todas las esperanzas de su porvenir artístico.

Los periódicos del Mediodía de la Francia han traído á Paris una triste noticia, cual es la del fallecimiento de un músico, que á fuerza de trabajo habia logrado conquistarse un nombre poco conocido entre el público, pero muy estimado entre los inteligentes que comprendian todo el valor de su talento. Su vida ha sido bien triste. — Armando Dancla nació el 1º de enero de 1820 en Bagneres de Bigorre, y aprendió á leer la música antes que las letras del abecedario. Un dia llegó de Paris su hermano mayor Carlos, que era entonces alumno del Conservatorio y hoy es profesor; se organiza un concierto para celebrar su visita; pero ¿quién le acompañará para ejecutar un terceto que le ha valido grandes aplausos en Paris?

— Leopoldo y yo; responde con acento firme Armando, que tenia once años á la sazón, en tanto que Leopoldo tenia dos menos.

Y hé aquí que las dos criaturas ejecutaron cada cual su parte con una perfeccion que sorprende á todo el auditorio.

El éxito del concierto fué tan extraordinario, que la familia se vino á Paris para tomar lecciones de los grandes maestros.

Armando, que es el único de quien nos ocuparemos aquí, se dedicó al violoncelo, y fué premiado en 1839 y 1840, entrando además á formar parte de esa orquesta sin rival en el mundo, que se llama la Sociedad de Conciertos del Conservatorio.

M. Fetis, uno de los jueces mas competentes que hay en Eu-

ropa, dice que lo que mas sorprendia en él era la perfeccion de su método. Pureza, correccion, delicadeza y una agilidad suma, tal es el resúmen de sus facultades de ejecutante. Poseía cual ninguno el arte de conmovir á sus oyentes, y estaba á punto de revelar á todos este secreto inapreciable, cuando la muerte ha venido á herirle en la flor de su carrera. Dancla ha compuesto tambien, y en todas sus obras, que constan de un crecido número de estudios, de duos y melodías para el violoncelo, se encuentran las mismas cualidades que en su ejecucion, clasicismo, ciencia y sentimiento; para decirlo todo en una palabra, en estas composiciones se nota como una aspiracion hácia el ideal de Mozart, que es la expresion mas sublime á que puede llegar el arte.

Por fin, el juéves último hemos tenido una eleccion en la Academia. Tratábase de reemplazar al P. Lacordaire y habia 29 votantes: 15 votos componian la mayoría.

M. Alberto de Broglie ha obtenido 22 sufragios en la primera votacion; pocas veces se nota tal unanimidad en la ilustre corporacion académica.

MARIANO URRABIETA.

Las campanillas.

Flores de la infancia mia,
Campanillas de diciembre,
Si no os cuento mis tristezas,
¿A quién será que las cuente?

No penseis que hayan podido
De la vida los reveses
Arrañaros de mi alma
Ni apartaros de mi mente.

No será que yo me olvide
De vosotras por silvestres,
Por lejanos de los sitios
Donde os ví, la mar allende.

¿Qué mañanas tan risueñas,
Qué airecillos tan alegres
En los campos de mi patria
Disfrutamos juntamente!

En las faldas de aquel cerro
Que á la mar la vista tiende,
Del honor patrio atalaya
Y guardian de sus bajeles;

Parajes en que á despecho
Del infiel nombre que tienen
En vez de la *media-luna*
La santa Cruz resplandece;

Allí fué donde nos vimos,
Para luego amarnos siempre,
Vosotras las bellas flores
Y yo el soñador en cierne.

Iba yo niño y perdido
En pos la cristiana gente
Que á celebrar acudia
Las navidades alegres:

Vosotras saliais de gala
A dar, mensajeras fieles,
Al Dios-niño en sus natales
Aguinaldos del diciembre.

Nadie entonces se cuidaba,
Como indiferentes seres,
De aquel inocente niño
Y aquellas flores campestres.

Mas pasaron esos tiempos
Y sus fiestas y placeres,
Y todo lo hundió el olvido
Como en silencio de muerte;

Y hoy del niño y de las flores
Hay memoria solamente
En el canto con que él paga
La inspiracion que á ellas debe.

Campanillas de los montes,
Que con las brisas que os mecen,
Por montañas y por valles
Desde vuestras torres verdes

Echais á vuelo las nuevas
De que ya las pascuas vienen,
Y os las estais celebrando
Hasta que llegan los Reyes:

Pues que sois mis favoritas
En zarzales y en vergeles
Y fuisteis desde mi infancia
Mis mejores confidentes,

Bien quisiera que la historia
De mis tristezas oyérais,
Que partidas con vosotras
Lograra que menos fuesen;

Y porque, si no á vosotras,
¿A quién será que las cuente,
Cuando nadie de los tristes
Ni se cuida ni se duele?

Mas pues venís tan ufanas
Con vuestras nuevas alegres,
Y pues cuando todos rien
No está bien que otro se queje,

Ahogaré mis desventuras,
Y diré al viento que seque
Las lágrimas que he vertido
En vuestro cáliz silvestre.

Caracas 23 de diciembre de 1861.

JOSÉ ANTONIO CALCAÑO.

Epigramas.

Una mujer sin talento
Que hablaba sin ton ni son,
Queriendo en cierta ocasion
Tratar del temperamento,
Dijo con mucha frescura
A un jóven su pretendiente:
« Tengo yo regularmente
Muy buena temperatura. »

Ayer un sordo decia:
« Con el ruido me mareo; »
Y un ciego que le escuchaba
Le contestó: « Ya lo veo. »

VICTORIANO MARTINEZ MULLER.

EN VERSO Y PROSA.

COMEDIA ORIGINAL EN UN ACTO

POR DON MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ.

(Conclusion.)

FERNANDO.

Sí, mi amor, el ardiente amor que la profesaba.

RUFINO.

(¡Dios mio! ¡todo el mundo me habla de incestos espantosos! ¡Yo estoy horrorizado!)

FERNANDO.

Será preciso resignarme, renunciar á un afecto sin esperanzas, á una loca y ciega inclinacion que á todo trance debo vencer.

RUFINO.

Sí, señor, dice Vd. muy bien; su afecto de Vd. es un poco... un poquito, así como si dijéramos un poquito criminal.

FERNANDO.

¡Criminal mi afecto! ¿y porqué?

RUFINO.

Porque amar de ese modo... es decir, abrigar una pasion de esa naturaleza tratandose de una hermana...

FERNANDO.

¡De una hermana! ¿quiere Vd. volverme loco? ¿puede Vd. presumir?...

RUFINO.

¿No acaba Vd. de decirme que ama á quien ama su amigo?

FERNANDO.

La amaba y esto nada tiene de extraño.

RUFINO.

Pero si las tales relaciones de don Facundo son con Anita.

FERNANDO.

Está Vd. en un error; son con Amalia.

RUFINO.

¿De veras?

FERNANDO.

Como lo digo.

RUFINO.

Entonces, ¡ay qué gusto! ¡cuánto me alegro!

FERNANDO.

¿Y tiene Vd. la osadía de manifestármelo despues de lo que llevo dicho? ¡Miserable! Va Vd. á darme una satisfaccion.

RUFINO.

¡Que me matan! ¡favor!

FERNANDO.

Así exclaman las liebres. ¡Cobarde!

ESCENA XVIII.

DICHOS, DOÑA LUISA

DOÑA LUISA.

¿Qué es eso? ¿quién grita?

FERNANDO.

Este maricon, este impertinente á quien no quiero ver.

RUFINO.

¡Ay! ¡doña Luisa! favorézcame Vd.

DOÑA LUISA.

Fernando, tu comportamiento me sorprende. ¿Qué significa semejante descompostura?

ESCENA XIX.

DICHOS, FACUNDO.

FACUNDO, viendo á Rufino y corriendo hácia él.

Ya estoy aquí, pobregon;
Deja que te coga, deja;
Te he de arrancar una oreja
Por malandrín, por soplon.

RUFINO.

¡Ay! ¡ay!

DOÑA LUISA.

Don Facundo ¿qué está Vd. haciendo?

FACUNDO, á Rufino.

¡Muñeco! ¡títere! ¡figurilla!

RUFINO.

(Si chisto me va á estrangular.)

DOÑA LUISA.

Caballero, ruego á Vd. que tenga la bondad de decirme... de explicarme...

FACUNDO.

Pues bien:

Diré á usted que en usted cifro
Mi porvenir, mi ventura;
Que usted, señora, en su mano
Tiene mi dicha futura.
Diré á usted...

FERNANDO.

Madre mia, suplico á Vd. que no dé crédito á sus palabras.

FACUNDO.

Quitate de aquí, torpe.

FERNANDO.

Me has robado la dicha y aun te burlas de mí.

FACUNDO.

Eres sabio como Horacio;
Pero yo sé mucho mas.
Corre, y allá lo verás
Dentro de tu cartapacio.

FERNANDO.

No comprendo...

DOÑA LUISA.

¿Tienen Vds. la dignacion de aclararme?...

FACUNDO.

Voy á hacerlo lisa y llanamente, señora. Yo amo á su hija de Vd. y aspiro á su mano. ¿Seré digno de ella?

FERNANDO, en extremo sorprendido.

¿Qué estás diciendo?

FACUNDO.

Digo que Vd. no merece descalzarme las botas; pero aspiro á ser su hermano y le perdono. Advierto á usted que en el cartapacio... (Cambiando de tono.) En el cartapacio, hombre, no seas topo.

FERNANDO.

¿Será posible? (Va hácia la mesa y mira el cartapacio del cual saca el billete que Amalia escribió.)

RUFINO.

(Si hablo son capaces de arrancarme la lengua.)

FACUNDO.

Y Vd., doña Luisa, ¿no se dignará otorgarme la mano de Anita?

FERNANDO, leyendo.

« No mas silencio, no, mi corazon es suyo. » ¡Dios mio! ¿es cierto lo que miro?

DOÑA LUISA, á Facundo.

Si ella accede...

ESCENA ULTIMA.

DICHOS, ANA, AMALIA.

FERNANDO, viéndola y corriendo hácia ella.
¡Amalia! ¡Amalia mia!

AMALIA.

¡Fernando!

FACUNDO, á Fernando.

¡Magnífico! el frenesí
De tu pasion, me embelesa;
Pero dime, ¿no te pesa
El corresponderme así
Olvidándote de mí?

FERNANDO.

Tienes razon, lo comprendo todo, veo que eres mi amigo y...

FACUNDO.

Seré un héroe si quieres;
Pero, Fernando, dispensa:
Yo cumplí con mis deberes,
Y pido la recompensa;
Cumple tú como quien eres.

FERNANDO.

Toma la mano de mi hermana. (A doña Luisa.) Madre mia, él será digno de ella. Apruebe Vd. y bendiga esta union.

DOÑA LUISA.

No me opongo, si bien pienso enterarme antes de todo lo que ha pasado. Debo advertir al mismo tiempo que don Rufino me habló esta mañana...

RUFINO.

Señora, yo... yo desisto de mi proyecto; se me figura que Anita no me quiere mucho...

FACUNDO.

Y renuncia Vd. generosamente, ¿no es cierto?

RUFINO.

Renuncio.

FACUNDO.

Gracias; por ese arranque de abnegacion sublime merece Vd. una condecoracion, una cruz cualquiera. Doy á Vd. la cruz de Puerta-cerrada.

RUFINO.

Ahora, con permiso de Vds... (Saluda y se va.)

FACUNDO.

¡Ana mia! ¡Juntos para no separarnos nunca!

ANA.

¡Facundo!

FERNANDO.

Sí, mas sea con una condicion.

FACUNDO.

¡Con una condicion!

FERNANDO.

La de que renunciés á hablar en verso desde hoy hasta la consumacion de los siglos.

FACUNDO.

¡Yo renunciar estando enamorado!
Antes morir que verme deshonrado.

No obstante, (A doña Luisa.) si Vd., madre mia, lo decidí así...

DOÑA LUISA.

No, no quiero prohibírselo: siempre parece enojoso lo forzado, y se suele apetecer lo prohibido. Debo, a pesar de esto, manifestarle con franqueza, que su costumbre de hablar en verso se ha convertido en vicio, que en sociedad no juzgo del todo aceptable.

FERNANDO.

¿Lo estás oyendo? No hay apelacion.

FACUNDO.

¡Sentencia mas enojosa!
Yo me pronuncio.

FERNANDO.

Estás ciego...

FACUNDO.

¡Fernando! yo te lo ruego;
Al menos... en verso y prosa.

La Cité de Paris.

SU HISTORIA; SUS ACTUALES DEMOLICIONES; SUS MONUMENTOS.

Hé aquí la Cité de Paris, la cuna de esta inmensa capital entregada á una última trasformacion que acabará de arrancarla en su aspecto general los escasos vestigios que la quedaban de las antiguas épocas. La historia de la Cité es la historia de la fundacion de Paris, que se pierde en las leyendas fabulosas. El castillo de los Parisienses, *castellum parisiarum*, cuando César se apoderó de él, no tenia otra importancia que la que le daba su situacion inexpugnable en medio del Sena, que le rodeaba entonces mas ancho y mas rapido que en el día, pues sus margenes estaban levantadas « con los guijarros, estacas é inmundicias que habian amontonado en ella, » segun el crédulo cronista Raul de Presles, que no le concede menos de veinte y seis siglos de antigüedad. Este antiguo autor cuenta de esta manera el origen de Paris, segun una creencia generalmente adoptada hasta el siglo XV:

Framon, hijo de Hector, se llevó los penates de Troya a la Hungría, después del sitio y la destrucción de aquella ciudad, y fundó Sicambix « en tiempo de David. » La población de la nueva Troya se multiplicó de tal manera en el espacio de doscientos treinta años, que veinte y dos mil troyanos guiados por un jefe llamado Ileo, abandonaron su segunda patria para establecerse en un país más fértil. Pasaron la Germania y el Rhin, llegaron junto al Sena, y distinguiendo el lugar donde esta hoy París, que vieron hermoso y fértil cual ninguno, se establecieron en él y fundaron una *ciudad* que llamaron *Lutecia*, por la fertilidad del país, siendo edificada esta población en tiempos de Amario, rey de Judá, y de Jero-boam, rey de Israel, 830 años antes de Jesucristo, y se llamaron *parisienses* ó de París, hijo del rey Priamo, ó de *Pharisia*, en griego. Mas tarde llegó una nueva colonia de Sicambros que quiso conquistar Lutecia; pero « cuando supieron que eran los de Ileo sus habitantes, hicieron gran fiesta y se quedaron juntos viviendo bajo un rey y una señoría, y cambiaron el nombre de Lutecia por el de París, diciendo que aquel era muy feo. » Así cuando César emprendió la guerra de las Galias « París estaba habitado por altas y poderosas personas que solo vivían en la Cité, la cual se hallaba a la sazón tan fuerte y bien cerrada por el agua, que el atravesarla era imposible. »

Desde entonces hasta hoy, las calles de la Cité han visto sucederse un flujo de generaciones que los siglos han reducido a polvo, y muchos sucesos grandes y pequeños, que no han dejado la menor señal en la memoria de sus actuales habitantes. Esas calles han sufrido muchas metamorfosis desde la época en que la *Isla de los Cuervos* no ofrecía aquí y acullá mas que algunas chozas redondas, sin ventanas y sin chimeneas, construidas de cañas, bajo las cuales se abrigan pobres familias de pescadores galos. La formación de una ciudad es lenta y progresiva como la de un terreno de aluvion; mil ochocientos años se han necesitado para que la antigua Lutecia engendrara el París moderno que salió de su cuna rompiendo su cerco de fortificaciones, y que hoy está en camino de llegar al fin de su gigantesco desarrollo.

¿Qué de recuerdos históricos y novelescos en esas piedras que hoy se desploman en un monton de ruinas! Ahí a mediados del siglo XI existía la casa del canónigo Fulbert, el tío de Eloisa, el verdugo de Abelardo. No hace muchos años aun se veían en las construcciones que levantaron sobre aquella casa dos medallones con una inscripción consagrada a eternizar el recuerdo de los infortunados amantes. En esas callejuelas hoy inundadas de luz por las demoliciones, se hallaba la famosa taberna subterránea del *Conejo blanco*, que Eugenio Sue en sus *Misterios de París* ha dado a conocer al mundo

entero; ahí estaba también la casa donde la Rachel pasó una parte de su primera juventud, sumida en la pobreza, delante de la Morgue, ese edificio sombrío de forma cuadrada que se ve en nuestra lamina. A este triste lugar son trasportados todos los cadáveres que el Sena arroja diariamente sobre sus orillas, sin nombre ni domicilio conocido, todas las personas que pasan de la vida a la muerte por un accidente, por un crimen, por una resolución fatal.

Esta repulsión involuntaria que se experimenta generalmente a la vista de la Morgue, no la sienten los habitantes de esas casas que van a ser destruidas. ¡Han visto pasar tantos cadáveres, que han llegado a familiarizarse

zados después por una iglesia edificada en tiempo de los hijos de Clodoveo, y sobre la cual, por los años de 1160, el obispo Mauricio de Sully hizo construir la catedral que se admira hoy, y que tardó dos siglos en terminarse. Esta iglesia se considera, después de la de Reims, como el más bello monumento del arte gótico en Francia. En los pasados siglos estaba casi cercada por las construcciones que tocaban a sus muros. Por un lado tenía el claustro que encerraba las escuelas episcopales y las casas de los canónigos, y por el otro estaba el arzobispado con cuatro iglesias sufraganeas. Hoy en lugar del claustro hay una calle; en lugar del arzobispado reconstruido en 1760 y demolido por el pueblo, hay un paseo; las pe-

es una sala inmensa que servía para las grandes solemnidades y que se destruyó en 1618, aunque volvió a construirse dos años después; se llama la sala de los Pasos perdidos.

En la torre de este palacio estuvo el primer reloj conocido en Francia, hoy restablecido y restaurado, y en ella estuvo también la campana que en la iglesia de San German l'Auxerrois dió la primera señal de los asesinatos en la noche de Saint-Barthélémy.

En cuanto a la Santa Capilla, fué edificada por san Luis a su vuelta de la Tierra Santa en 1243, para depositar en ella las reliquias que había comprado por tres millones a Juan de Brienne y a Balduino, y que consistían

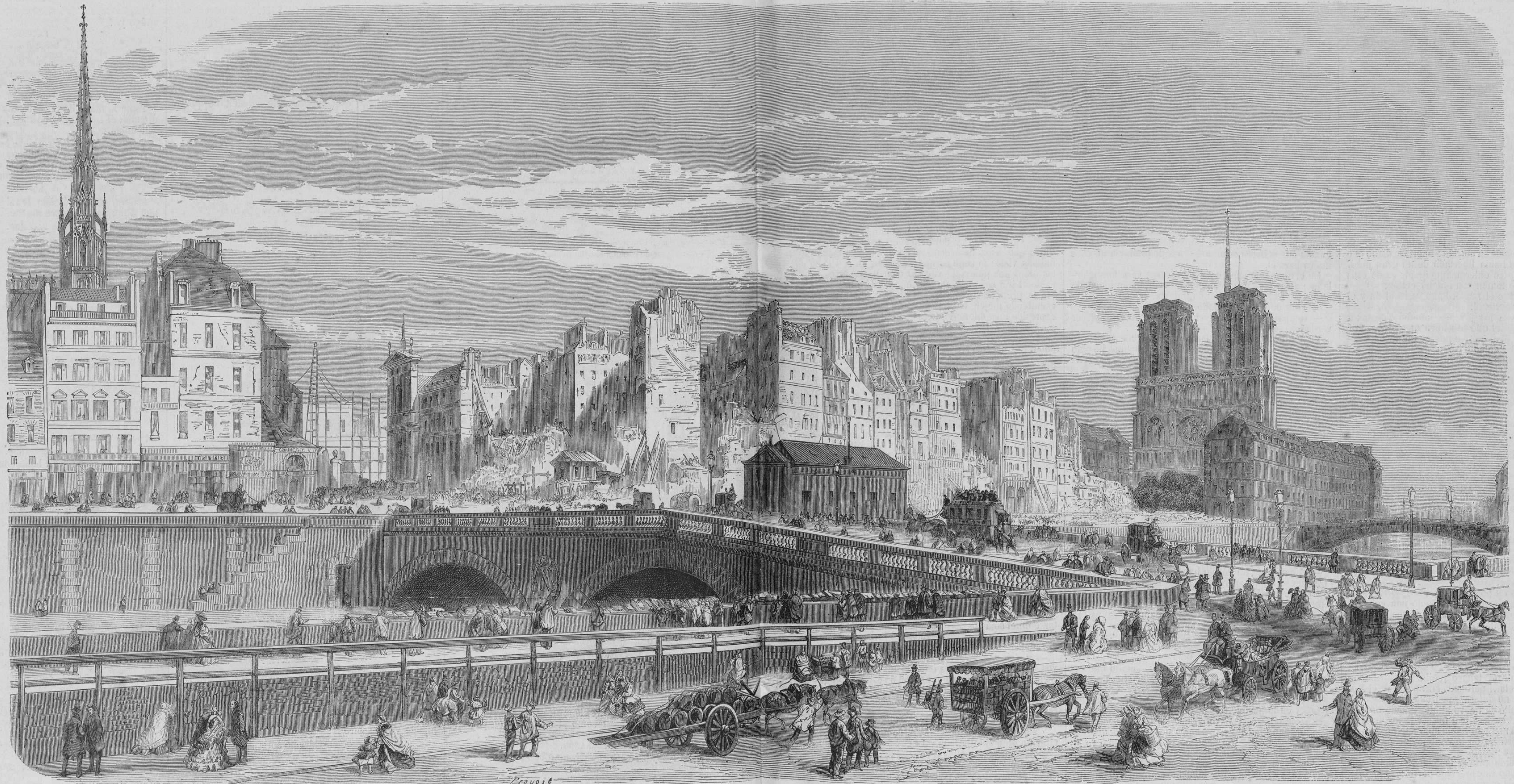
trucción aérea es de una ejecución maravillosa. El interior de la capilla está ricamente esculpido, y en él brillan por todas partes el oro, los esmaltes y los colores más variados. Sus admirables vidrieras, en cuyos dibujos se ven trazados los principales episodios de la vida de san Luis, restauradas recientemente como todo lo restante, tienen una altura de 14 metros sobre la de anchura, y dejan penetrar una luz impregnada de matices tornasolados, que produce en la gótica capilla un efecto mágico. La capilla baja fué el lugar de sepultura del poeta Boibán, muerto en 1711.

plicante que imploraba el perdón... ¿qué hacer en este caso sino arrodillarse y adorarla?

« — ¿De veras estás arrepentida, Julia mía? »
« — ¡Oh! mucho, mucho lo estoy, y para castigarme voy a contártelo todo. Cuando saliste ya pensaba que pronto volverías; pensaba en tu espanto al leer mi carta, y sentía como una alegría culpable; en mi crueldad habría querido aumentar tu angustia; si, picaro Rodolfo idolatrado, quería aumentarla para castigarte por no haber tenido piedad de tu pobre mujercita. Así es que me acosté determinada a estar bien enferma cuando volverías; no obstante, tardabas tanto, que mi impaciencia creció hasta el punto de enfundirme recelos de que iba a enfermarme verdaderamente. Pero hé aquí que estando acostada me trajeron una esquela de convite de parte de la señora K..., tenía varios amigos, y yo ardía en deseos de ir a su casa, pero sin embargo me decía: si salgo y llega él durante mi ausencia, todo mi plan al agua; y si no vuelve, ¿porqué me he de estar aquí toda la noche bostezando mientras podría reír y distraerme? En fin, cuando pasaron bastantes horas para que pudiera yo creer que ya no volverías, me levanté, me lavé los ojos con agua de Colonia, y me fui a casa de la señora K... ¡Ay! te juro que no pensaba mas que en ti, y que no hice otra cosa sino aburrirme y de-searte. Con ansia esperaba que se tomase el té a fin de poderme escapar y volver a mi cuarto, donde quizá te encontraría... pero ¡ay! no fué así; nuestra linda habitación estaba fría y silenciosa como una tumba; tuve miedo, y pasé toda la noche en vela. ¡Oh! qué horrible noche!... ¡ay! se me olvidaba que no quería decirte tanto. »

« — Si, sí, Julia querida, confíame todo, exclamé yo con voz suplicante. »
« — Pues has de saber que en aquella larga noche cruzaron por mi mente nuevas ideas; cuando se vela tanto tiempo, amigo mio, se piensa mucho... Oía una voz que gritaba dentro de mí mucho mas alto que tú habrías podido hacerlo, que había obrado imprudentemente... Luego

estaba tan inquieta y tenía tanto miedo, que me decía sin cesar: ¡Oh! si vuelve, será tan dulce con él como un cordero. Pero por fin amaneció, los criados se levantaron, oí ruido, se dispararon mis temores, y me acudieron otra vez los malos pensamientos. Quise hacer algo para distraerme, pero no lo conseguí, y te acusaba porque eras el causante de todos mis enojos, de mi mal humor que ennegrecía mi alma. Vino la segunda noche y con ella las lágrimas, los suspiros, las plegarias a Dios para que te hiciera volver prontamente y te reconciliara con tu pobre Julia, y entonces adquirí la convicción de que hoy volverías. Me dormí y me desperté animada de las mejores resoluciones; pero aun quedaba en mi alguna cosa de mi ángel malo, pues me ocurrió la idea de



Las demoliciones de la Cité de París. — Aspecto actual de las obras.

con ese espectáculo, y la Morgue ha llegado a ser para ellos como un punto de reunión al que acuden diariamente para ver a los ahogados del día. Este lúgubre edificio va a ser demolido, y se reconstruirá en el punto extremo de la Cité.

Por fortuna, no todos los monumentos históricos desaparecerán de la antigua cuna de París: la catedral y el antiguo palacio de Justicia que se distinguen en nuestra lamina, pasaran restaurados y embellecidos a las generaciones futuras. La historia de la fundación de la catedral se halla íntimamente ligada con las mejoras sucesivas que se han ido haciendo en la antigua Cité. Créese con fundamento que en el sitio que ocupa Nuestra Señora había primitivamente un templo pagano, reempla-

queñas iglesias han desaparecido también, y la antigua basilica se eleva en la punta de la Cité, aislada enteramente.

Este majestuoso edificio tiene de largo 130 metros y 48 de ancho; la altura de la bóveda interior es de 34 metros. La fachada presenta 40 metros de desarrollo, y la altura de las torres llega a 68 metros.

La elevada aguja que se distingue en el punto de nuestra lamina que se halla opuesto al que ocupa Nuestra Señora, pertenece a la Santa Capilla, dependiente del palacio de Justicia, que fué en otro tiempo la morada de muchos reyes de Francia.

Tal como está hoy, puede decirse que su construcción data solo del tiempo de Luis XIV. Lo más notable de él

en una parte de la corona de espinas, un pedazo de la cruz, otro del manto, y finalmente la punta de la lanza con que fué herido Jesús. La Santa Capilla es una obra maestra del arte gótico, una joya de piedra de 34 metros de altura sobre 10,60 metros de anchura, dividida en dos naves sobrepuestas, en las cuales la primera servía para la corte, y la segunda para los servidores. Este precioso monumento fué devastado durante la revolución; y después sirvió de depósito a los archivos del estado civil y del tribunal de cuentas. En los años de 1849 a 1854 se ocuparon en hacer las principales restauraciones que exigía el exterior del edificio, entre las cuales se cuenta el restablecimiento de la aguja resplandeciente de dorados que se destaca sobre lo alto del templo. Esta cons-

Un año de matrimonio

POR EMILIA CARLEN.

(Continuacion.)

Pero ella me interrumpió poniéndome sus manitas en la boca.

« — Mi amado Rodolfo, si dices una palabra no mas, espíro a tus piés de confusión y de remordimientos. »

« ¡Oh! Si hubieras visto el bonito rubor de sus mejillas, su cabeza inclinada, y sobre todo su mirada su-

asustarte con un desmayo ó un sueño simulado. Puse delante del espejo este pequeño sofá, y probé veinte posturas distintas a fin de pintarte mi desolación; á la veinte y una creí haber encontrado lo que buscaba, cuando oí que se detenía un carruaje á la puerta. Entonces lo olvidé todo; fuera de mí, loca de felicidad me arrojé en tus brazos y te perdoné con toda mi alma.

» Lavinia ¿ te atreverías á arrojarla la primera piedra ?

» No, no podrias. Acepto mi mujer tal como Dios la ha hecho, y no quiero cambiar nada en ella, pues me parece encantadora. Maldito sea el instante en que me pareció que lo era menos. Hay que conocer a esta tierna y caprichosa criatura como la conozco yo para saber lo que vale.

» Y ahora, adios, hermanita mia. Estoy en la persuasión de que mi felicidad durara tanto como mi vida; pero dudo de la tuya, y temo que solo exista en tus labios.

— Quizá tiene razon, exclamó Lavinia con un suspiro, cerrando su carta, pero al menos no se desgarrara mi corazón cuando pierda completamente mis ilusiones. Para tí, todo está concluido, mi pobre Rodolfo.

XIII.

Era un domingo vispera de Navidad, y un alegre tumulto reinaba desde por la mañana en el palacio de Rosenborg: desde los vastos vestíbulos del piso bajo hasta las guardillas de la casa, todo estaba revuelto para preparar con toda la pompa acostumbrada esa fiesta tan solemne en los países cristianos. Lavinia lo habia dirigido todo: ella habia mandado levantar los hermosos arboles donde todas las personas de la casa debian encontrar sus aguinaldos.

Teresa y el mayordomo hablaban íntimamente sobre las probabilidades del regreso del coronel y sobre las disposiciones de su esposa.

— En cuanto á la señora, decia la criada, creo que la importa poco la vuelta de su marido; habriase dicho que cuando se marchó la habia libertado de un gran peso. Que salga ó entre, la es enteramente igual; es de esas personas que todo lo toman con mucha calma.

— Es verdad, repuso el mayordomo, pero al fin y al cabo, la calma es una virtud.

— Sí, sobre todo en los jóvenes, añadió Teresa; á nuestra edad, es natural que se aspire al sosiego. Por esta razon tengo mi plan de ir á buscar un poco de reposo en un pueblecillo de aqui cerca; la señora está ya al corriente de las cosas de la casa, y muy luego podrá prescindir de mis servicios.

— ¡Imposible! ¡Imposible! eso nunca, exclamó el pobre mayordomo con una exaltación inusitada.

— ¿Y porqué no? preguntó Teresa comprendiendo la situación; la señora tomará para reemplazarme alguna muchacha joven y bonita.

— La señora quizá, repuso el mayordomo fuera de sí, pero...

A estas palabras, las mas significativas que hubiesen salido jamas de los labios del sargento, Teresa se creyó obligada a desviar los ojos y a llegarse á la ventana para ocultar su rubor; pero viendo que el mayordomo se callaba, y que por consiguiente la conversacion podia cortarse aqui, sintió que era preciso azuzar un poco, y dijo con melancolía:

— A la verdad, señor sargento, salvo la señora, á quien he podido ser de alguna utilidad, nadie me echara de menos aqui.

— ¡Nadie! repitió el pobre sargento trastornado, y... Pero se detuvo de nuevo, y esta vez le tocó á él el arrojarse á la ventana.

— ¿Puedo pedirlos un poco de rapé?

Teresa reanudó de este modo el hilo de una conversacion que la timidez de su salvaje galán cortaba siempre.

— Mi tabaco es exquisito, continuó, y no me habia costado menos de tres chelines en la última feria, pero he perdido la costumbre de usarlo por causa del vuestro, pues así se toman, sin sentirlo, todas las costumbres de las personas con quien se vive.

— Justo, justísimo, mi tabaco recibe mucho honor con vuestra preferencia... pero si... si... si dejais el Rosenborg, lo que Dios no quiera, ¿podria yo?...

La elocuencia le faltó de nuevo al infortunado mayordomo, que se vió precisado á ir á buscar la inspiración en la ventana, pues á menudo habia oido decir á Teresa que el espíritu se fortifica en la contemplación de las obras de Dios.

Si ella hubiera podido prever las consecuencias que tendria sobre su destino este precepto poético, se habria guardado muy bien de enunciarle en una época en que sin embargo, la parecia de la mas alta sagacidad. Teresa tuvo que continuar avivando la conversacion, y dijo con una coqueteria muy marcada:

— Vamos á ver, mi querido sargento, tengo curiosidad de saber qué es lo que *podriais* en semejante caso.

Por curiosa que fuese la digna mujer, tuvo que resignarse á aplazar la satisfaccion de su curiosidad hasta que su estrella obligara al sargento á hacer una declaración cuyas ocasiones dejaba escapar siempre, á pesar de que se las presentaban con frecuencia.

Si no hubiese tratado de «fortificarse en la contemplación de las obras de Dios,» quizás habria aprovechado esta última ocasión; pero estaba escrito que las propias palabras de Teresa vendrian á ser testimonio contra ella.

Mientras tenia lugar este coloquio en las regiones inferiores del palacio, Lavinia estaba sentada en el salon delante de su piano abierto. Habia cesado de mirar al

cuaderno de música que tenia delante, y sus dedos recorrian con fuerza y agilidad las sonoras teclas; elocuentes intérpretes de las inspiraciones de su alma, ora acariciaban el teclado como la brisa de la tarde un arpa eolia, ora le hacian resonar violentamente; en fin, por una transición súbita é inesperada, tocó uno de esos antiguos aires nacionales que son tan gratos á nuestros oídos.

Lavinia habia concluido y se levantó con presteza, pues detrás de ella una voz suave y profunda acababa de decir con un acento conmovido:

— ¡Gracias!

Su marido estaba delante de ella.

— Bien venido seais, Hermann, le dijo tendiéndole la mano afectuosamente; bien venido seais en vuestra casa.

El coronel tomó aquella mano vacilando, y dijo con cierta cortedad:

— ¿Me dais la bienvenida sinceramente? ¿Mi presencia aqui no será un estorbo, mi llegada no produce una sorpresa penosa?

— Veis que apenas estoy sorprendida, porque os esperaba, y no sé qué presentimiento me anunciaba que vendriais hoy ó mañana: ¿no os habia oido decir que no queriais pasar una Navidad lejos de vuestras niñas?

— Es cierto, bastante larga ha sido ya la ausencia. Cada día echaba mas de menos mi casa; dentro de algunas semanas creo que habria caido enfermo, pero he visto á las niñas, y gracias á Dios, las he encontrado buenas.

— Entonces las habreis despertado, pues no hace media hora que las he dormido yo. ¡Mal padre!... Ante todo, necesitareis tomar alguna cosa; ¿qué quereis, té ó una cena?

El coronel que durante su viaje habia estado oprimido con la idea de volverse á encontrar en su casa como un extraño, se vió agradablemente sorprendido con la viveza graciosa de la joven. Por primera vez se sentia tranquilo á su lado, y el verla que desempeñaba con elegancia sus deberes de ama de casa, le producía un goce nuevo para él.

En el momento en que volvió á entrar para anunciarle que iban á subir la comida que ella habia mandado disponer, Hermann vacilando todavia, le dijo:

— ¿Sin duda os incomoda mucho?

— Ocupar no es incomodar, y me causa un placer verdadero el ocuparme de vos.

Y Lavinia ayudaba al criado á poner la mesa.

— No, dejad eso, exclamó el coronel; apenas he oido vuestra voz á mi entrada; si quereis darme gusto, sentaos al piano y cantad.

— Con todo mi corazón.

Se puso al piano y cantó cuanto quiso el coronel, hasta que comenzaron á entrar la cena; entonces se levantó para servir, y se sentó á la mesa enfrente del coronel, quitándole el plato cuando el criado no acudia con prontitud. Mas tarde le contó, aunque con cierta confusion, la visita de Rodolfo, pues por mas cuidado que pusiera en elegir las palabras y ocultar las cosas, aquel viaje inesperado hecho para pasar una hora con ella, no dejaba de ser muy singular. Hermann, que hasta entonces habia mostrado el mejor humor, se puso de repente pensativo, y exclamó dejando en el suelo una de las niñas que tenia en brazos:

— No necesito preguntar si tenia un motivo grave para venir, pues no se andan cincuenta leguas para hacer una visita de una hora, sin razones muy poderosas.

— No fué una visita de una hora, sino una hora de conversacion, de dulces expansiones.

— ¡Un amante no podria hacer mas por su querida! ¡Cincuenta leguas para conversar una hora! Cuando se trata de una hermana, el motivo que hace emprender semejante viaje debe ser bien urgente.

— ¿Y si en efecto lo fuera, Hermann? preguntó la joven clavando en su marido su firme y limpiada mirada y volviendo á tomar á las dos niñas que el padre habia soltado.

— Si lo fuera, repitió el coronel, me concedereis que en ese caso se me debe ocurrir un pensamiento que no es nada agradable. ¿No vino á preguntar si érais desgraciada?

— Sí, pero se marchó bien convencido de que soy muy dichosa, en lo posible.

— Y sin embargo, Lavinia, cuando nos separamos...

— No iban bien las cosas entre nosotros, eso quereis decir... Es verdad, Hermann; pero segura como yo lo estaba de que os habiais engañado, y esperando que un día llegariais á reconocerlo, no me desanimó vuestra conducta, y el mismo Rodolfo debió convenir en que mi apariencia protestaba contra los rumores que le habian atraído.

— Vuestras palabras tocan á tantas cosas, que apenas sé cómo responder á ellas... pero ¿no es hora de que se acuesten las niñas?

— Eva no quiere acostarse, quiere quedarse con mamá, gritó Evelina pasando sus bracitos en torno del hermoso cuello de Lavinia.

— Y yo tambien, yo tambien, gritó Carlota.

El coronel no se sentia con fuerzas para resistir á sus ruegos; pero la joven desprendiendo de sí todas las manitas que la enlazaban, dijo con una voz dulce, aunque grave:

— No, no, queriditas, cuando papá dice una cosa, Eva y Carlota tienen que obedecer; dadle las buenas noches y á la cama.

Con mucho sentimiento las niñas obedecieron, y Lavinia tomándolas de la mano las llevó hasta la puerta, donde las entregó á su criada. Al volverse vió á su ma-

rido, que apoyado en la pared escuchaba las recomendaciones que ella hacia.

— Las niñas os quieren mucho ya, exclamó con un acento extraño.

— ¡Ah! ¡mucho quisiera hacer por ellas! respondió Lavinia con fuego.

— ¡Pobrecitas! Bien jóvenes sabrán lo que es perder el cariño.

— Nadie podrá devolverlas el primero que han perdido; en cuanto al segundo...

Lavinia se sonrojó.

— Podrá reemplazarse, ibais á decir; no, no, Lavinia, con dos tentativas basta; sé ahora que hay ciertas felicidades que les están prohibidas á ciertos hombres. Pero no hablemos mas de esto. Habeis dicho hace un instante una cosa que me ha sorprendido.

— ¿Y cual es?

— Qué estabais en la persuasión de que yo acabaria por reconocer el error que cometí en la mañana de mi marcha. ¿Qué fin teneis, Lavinia, para ocultarme siempre la verdad?

— Ninguno, y por eso es que no la oculto nunca. Debeis reconocer, Hermann, que no solo el recuerdo vivo de un amor puede arrancar lagrimas á una persona; el amor propio herido, la confianza engañada, pueden conmovernos igualmente, sobre todo cuando no se descubre en el pasado ni en el porvenir otra cosa que motivos de sentimiento y de lagrimas.

— No os comprendo.

— Sin embargo, soy quizá demasiado franca en este instante; pero prometiéndome que ahora no desconoceréis mis motivos, os diré que antes de vuestra marcha ya habia descubierto la causa de vuestro viaje, la razon que despertó en vuestra mente esta singular idea: creiais estar seguro de que á pesar de mis juramentos, amaba todavia á Luis.

— ¿Y bien? preguntó el coronel con agitacion.

— Me habiais visto por la noche teniendo en mis manos la carta de Luis y llorando sobre esas postreras paginas que trazó una mano en otro tiempo amada. Me habiais visto; lo supe porque encontré en el cuarto de las niñas una pluma de vuestro chacó, que se os habia caido al ir á besarlas. Os juro que desde mi casamiento era la primera vez que leia la carta, y si me hubiérais examinado mejor, habriais observado en mi rostro otra expresion muy diferente de la que creisteis descubrir.

— Lavinia, Dios sabe que os vi aquella noche bien á pesar mio, y por un concurso de circunstancias que no podia prever; pero en fin, os vi, y mis ojos no me engañaron, os vi inclinada llorando sobre el papel. En cuanto al motivo que os habia inducido á leer la carta, poco me importa; lo que sé es que la leiais sola, de noche, y que llorabais, y que era justamente en un instante en que yo habria dado una parte de mi vida porque no os hubiese preocupado ese recuerdo. Es verdad que es extraño, ridiculo quizá, que hable así; un marido como yo no debe aspirar á ningun derecho sobre el corazón de su esposa. Y no obstante, crei que en todo este año podia contar con vuestra fidelidad, crei que si no era mio vuestro amor, tampoco lo seria de nadie.

— Hermann, ¿quereis creerme? preguntó Lavinia.

¿Lo quereis?

— Lo querria, respondió el coronel vacilando, pero hay dentro de mí una voz que protesta contra todas vuestras afirmaciones. Solo un medio habria de arrancarme la duda, y temo que no le acepteis.

— Veamos, repuso Lavinia con presteza; si puedo aceptarle, no le rechazaré.

Habia dicho esto de un modo tan animoso y tan cordial, que el coronel experimentó una sensación extraña, parecida á la que tuvo en otro tiempo cuando volviendo de casa del ministro habia sentido sobre sí el ligero peso de Lavinia.

Dejó el asiento que ocupaba lejos de ella y fué á sentarse en el sofá; la joven se apartó un poco; ¿fué para hacerle puesto, ó para establecer entre los dos cierta distancia?

— Podeis aceptar, exclamó; si mi opinion no es para vos indiferente, si teneis en algo mi confianza, no me rechaceis, acordadme una prueba de estimacion que no olvidaré nunca, que os agradeceré eternamente, aun en la época en que ya ni siquiera nos veamos. Enseñadme esa última carta de Luis.

— ¡Imposible! ¡jamás! respondió Lavinia.

Y se levantó impetuosamente, como si acabase de recibir un golpe inesperado.

— ¡Imposible! repitió el coronel agitado.

— Hermann, oidme y sed justo: esa carta es para mí una humillacion, y no podeis verla nunca.

Jamas Lavinia se habia abandonado á semejante explosion, jamas habia perdido como en aquel momento la posesion de sí misma, ni habia mostrado una conmocion tan profunda. El coronel tambien estaba conmovido; pero ¡cosa singular! esta conmocion no tenia nada de amarga; al contrario, del fondo de su corazón turbado se elevaba como un vago presentimiento de felicidad. No podia darse cuenta de lo que sentia; parecia estar como envuelto en un sueño, y la única percepcion distinta en él, era que no habria querido ser despertado.

Pero á lo largo del corredor se oyeron unos pasos tímidos, y una mano vacilante volvió la llave de la puerta. ¿Quién podia ser sino el pobre sargento, cuyo destino era llegar inoportunamente?

— Coronel, el conde.

— ¡Ah! habia olvidado que me seguia, exclamó el coronel contrariado. Llévade al cuarto azul hasta que preparen el suyo; voy al instante.

— ¿Quién es ese conde? preguntó Lavinia celebran-

do aquella interrupcion que aplazaba explicaciones embarazosas.

— El mejor y el mas antiguo de todos mis amigos, el conde Adriano de B..., que pasa generalmente el verano en Rosenborg, y que si lo permitis, estara con nosotros algunas semanas. Le encontré a mi vuelta y le he obligado a venir. Nos hemos separado hace algunas horas, porque tenia que hacer una visita, y yo queria tambien anunciarle antes, pero lo he olvidado, como habeis visto. Es un hombre sencillo, instruido y simpatico, que habria merecido que la suerte le acordara algo mas que el titulo de conde, única cosa que posee.

— ¿Es pobre?

— No se puede llamar pobre absolutamente, aunque casi lo sea a los ojos de las personas con quienes trata. Pero no necesito hacer su apologia: ya vereis que es un hombre que se recomienda por si mismo.

— La amistad que le tenéis es para mí una recomendacion suficiente; bien venido sea, puesto que os hace agradable vuestra casa.

— Lavinia, no digais eso; desde mi vuelta, mi casa ha cambiado de aspecto a mis ojos; la habeis transformado.

— Quizá sois vos quien se ha transformado, ó quizá entrambos, pero al marcharos teniais motivos de descontento que trataré de evitaros en lo sucesivo.

— Muy bondadosa sois, Lavinia, mucho; sin embargo, la visita de Rodolfo me atormenta.

— Tranquilizaos, Hermann, Rodolfo ha partido con la conviccion de que yo era dichosa; marchad con vuestro amigo, que aquí os espero a los dos.

XIV.

La persona que habia llegado al Rosenborg era muy diferente de lo que se habia figurado Lavinia, si es que entre el momento en que le fue anunciada la llegada del conde y aquel en que se presentó, tuvo tiempo para imaginarse alguna cosa.

Al primer aspecto nada recomendaba especialmente al conde Adriano B... a un examen atento; era un hombre alto, pero todos los rasgos de su rostro carecian de regularidad y de armonia. Al pronto se le hallaba feo y se podria decir que en efecto lo era; pero muy luego se observaba en su rostro cierta expresion nada comun que daba un hechizo a su misma fealdad. En efecto, si sus ojos estaban demasiado hundidos para ser hermosos, su mirada era tan penetrante é inteligente que agradaba encontrarla; y si su frente surcada carecia de las proporciones que constituyen la belleza, el pensamiento habia dejado en ella huellas visibles. Nada en sus maneras descubria al militar, y todo revelaba en él mas bien al hombre de mundo y al pensador que al soldado. Por todas partes se presentaba bien, como si hubiese sido todo indiferente a su fealdad, aunque no la ignoraba; en fin, no tenia mas de treinta años, y el estudio habia parecido darle una vejez anticipada.

(Se continuará.)

Las Memorias del buey gordo de 1862.

I.

Octubre de 1861.

Esta mañana pasé por un camino de atajo con Pacot. Pacot es mi segundo padre, un buen aldeano que me cuida atentamente como si fuera su propio hijo.

Hemos encontrado a dos caballeros que iban cruzando los campos en conversacion muy tirada.

Presté la oreja y oí que hablaban de Paris.

¿Qué es Paris? ¿Cuánto me alegraría conocer esa ciudad cuyo nombre resuena sin cesar en todas las conversaciones. Pero ¡ay! un pobre buey como yo no vive en una ciudad tan hermosa.

Sin embargo, azuzado por la curiosidad apreté el paso para seguir a los dos parisienses. En breve se sentaron; uno de ellos sacó un libro de su bolsillo y se puso a leer en voz alta.

Yo me acerqué y miré por encima de su hombro; el libro se titulaba: *Memorias de una bailarina*. Segun lo que comprendí por los fragmentos que leian, las Memorias son una relacion de la vida y de las impresiones del que las escribe.

Yo tambien escribiré mis Memorias y hoy principio. Al menos así podré distraerme del fastidio del establo, donde estoy rumiando hace dos años.

A fuerza de rumiar se hace uno filósofo.

II.

Noviembre.

El viento sopla en la llanura; los árboles están despojados de sus hojas, la yerba se seca y muere. Si no tuviera por alimento mas que lo que encuentro en los prados, puede ser que me muriese de hambre. Pero el buen Pacot nunca me olvida.

¡Pobre Pacot! comienzo a creer que me quiere mas que a su familia, pues ayer le oí regañar a su mujer porque come demasiado. Nunca me ha reñido a mí por semejante cosa; al revés, siempre se le figura que me quedo corto.

¡Bendigo la casualidad que me ha hecho caer en manos de tal amo! Ahora mismo me acaba de traer una artesa de zanahorias. De buena gana daría la mitad de ellas a su mujer; yo no tengo mas hambre.

III.

Diciembre.

Los dias no traen consigo ningun cambio. Hace un mes que no salgo y no me quejo; pues estoy tan gordo, tan gordo, que me cuesta mucho trabajo andar.

Esta visto, Pacot me quiere con exceso.

Pero está mal lo que digo, no hay que ser ingrato. Segun tengo entendido, bastante lo son los hombres. Al cabo y al fin yo tengo la culpa; ¿porqué he dado rienda suelta a mi apetito?

¿Porqué?

Porque Pacot tiene empeño en ello, y la prueba es que el otro dia se enfadó cuando dejé el salvado que me habia traído.

Y ademas hay que tener cuidado, porque el palo se le va facilmente. Vamos, no nos incomodemos, es por mi bien.

IV.

Enero de 1862.

Mucha impresion me ha causado la visita que acabo de recibir. Eran tres, un caballero condecorado, uno de sus amigos, y Pacot. Me hicieron salir al corral, me examinaron, me palparon, y todo se volvian exclamaciones de júbilo.

— ¡Qué hermoso es!... ¡Qué grande!... ¡No se ha visto otro igual!...

Al oír estos elogios he sentido por la primera vez lo que es el orgullo, y he mirado con desden a un buey muy flaco que pasaba para ir a beber agua.

El buey flaco meneó la cabeza y se encogió de hombros... ¡Tenia envidia de mí!...

Durante este tiempo los dos desconocidos felicitaban a Pacot, que estaba en pie junto a mí con la gorra en la mano.

Y el caballero condecorado decia:

— ¡Este si que me hará honor!...

Sin embargo, me parece que el honor deberia ser para Pacot.

Terminada la visita, mi segundo padre me volvió a llevar al establo y me dijo dandome una solemne palmada:

— ¡Coco, nos vamos a Paris!

¡Cosa singular! Al hablar así, la voz de mi amo era temblona, y aun creo que unalagrime... ¡Vaya, vaya, estoy soñando! Pacot no llora nunca. Además, debe estar tan contento como yo con el viaje a Paris.

¡Paris, el objeto de mi ambicion!...

Mañana nos ponemos en camino; pero me parece que este mañana no llegará nunca.

V.

En el ferro-carril. — Febrero.

¡Qué de sucesos! ¡Qué de emociones! Mi cabeza se extravía. Tratemos de restablecer un poco de orden en las ideas.

Después de haber abandonado mi establo subí en el carruaje con Pacot. ¡Un buey viajando como un señor! ¡Si yo fuera fatuo!...

Viajamos poco a poco. Al menor movimiento mi querido amo se inclinaba hacia mí con inquietud; a cada instante me acariciaba.

Cuando nos deteniamos en una aldea, todos los habitantes se apiñaban en torno del carruaje, y me contemplaban con admiracion.

— ¡Es un prodigio! ¡Un fenómeno! ¡Lo menos pesa dos mil quinientos kilogramos!

Estas y otras exclamaciones me aturdiran a mi paso. Yo guardaba mucha dignidad, guiñando el ojo con aire de importancia. ¿Qué quereis? Ya que cada cual proclama mis méritos, es preciso no desmentir la buena opinion en que me tiene la gente.

Nuestro paseo triunfal duró todo un dia, al cabo del cual llegamos al camino de hierro, donde Pacot me dió una nueva prueba de su cariño.

Tratabase de bajarme del carruaje para meterme en el wagon.

— ¡Cuidado, por Dios, cuidado! gritaba mi protector.

Un momento estuve a punto de resbalar. Pacot se puso livido; por fortuna no fué nada, y un cuarto de hora después corria a todo vapor hacia la capital.

VI.

Poissy, febrero.

¡Vencedor! ¡Vencedor en el concurso!... ¡Yo soy el buey gordo de 1862!...

Habia allí unos cuarenta de diferentes paises... ¡Qué triste figura hacian! El mas gordo de ellos tenia quinientas libras menos que yo; sin vanidad sea dicho.

Pacot antes de acostarse me dió un beso; apenas podia tenerse en pie, sin duda de alegría.

¡Cuanto me quiere! No me cansaré de repetirlo.

— Coco, me dijo, eres buey gordo, y durante tres dias vas a ser el idolo de los parisienses, el rey de las fiestas del carnaval... Te doraran los cuernos, te coronaran de laureles, te vestiran de púrpura y te pasearan por todas las calles... Buenas noches, Coco.

Tres dias de triunfo, tres dias de apoteosis... ¿Quién me habria podido anunciar esta gloria?... Pero ahora que me acuerdo, después de estos tres dias, ¿qué sucederá?... Si se lo preguntara a Pacot... No, el pobre hombre está roncando... ya lo veremos luego.

VII.

Paris, domingo gordo a las nueve de la noche.

Tumulto, gritos de alegría, músicas, tambores, mascaradas, coches, caballos, muchedumbre, y todo por mí... Yo solo he puesto en revolucion a todo Paris. ¡Oh! Ahora mas que nunca celebro haber escrito mis Memorias; me debo a la posteridad.

Hemos salido a las diez del matadero. ¿Porqué diablos han dado ese horrible nombre al palacio del buey gordo? En fin, prescindamos del nombre.

El cortejo era brillantísimo.

Primeramente un carro todo dorado; en el carro mujeres muy hermosas, y en medio el Amor, el Amor en persona con sus flechas. Yo no conocia al Amor, es un dios preciosísimo.

Delante y detras del carro, señores en traje de corte, montados en soberbios caballos.

¡Qué aire tan elegante tienen esos nobles! Iban cubiertos con ricas armaduras, y algunos llevaban en el cuello collares de pedrerías.

Con una comitiva semejante he recorrido la capital, engalanado con flores y escoltado por mi fiel Pacot.

Los hombres me contemplaban, las mujeres agitaban sus pañuelos, los muchachos daban palmadas. ¡Qué alegría en todos!

Las mujeres de Paris son muy bonitas y los niños tambien. Por lo demas, he visto tantas cosas, que no he podido observar nada con detenimiento.

Todo lo que puedo decir, es que he pasado el dia mas hermoso de mi vida, y que no quiero volver a la Normandia; ¡un establo para mí! seria escandaloso.

Quise notificar esta decision a Pacot, pero se habia dormido y roncaba como de costumbre... Me queda tiempo... ¡Dos dias!... ¡Apresurémonos a descansar de tantas emociones!

VIII.

Martes gordo a las diez de la noche.

¡Estoy quebrantado, molido, sin ilusiones!

Hoy se ha repetido el paseo... ¡Ay! ¿porqué no dura la primera impresion? ¿Dónde tenia yo los ojos el domingo?

El carro, que creí de oro, es de carton, y le he agujereado con los cuernos.

Las damas que me habian deslumbrado con su hermosura estan cubiertas de colorete, y entre ellas he reconocido a una pastora de mi lugar.

Los nobles de los collares de pedrerías no son nobles; ahora sé a qué atenerme acerca de los tales señores. Mientras estabamos parados en el patio de un rico banquero, interrogué al caballo de un guardia de Paris, y me ha dicho bonitas cosas.

Segun parece son mozos de carniceros, que durante el carnaval se disfrazan de ese modo. ¿Qué quiere decir mozo de carniceros? Mi amigo el caballo no ha querido explicármelo.

Por lo demás, segun tengo entendido, parece ser que en Paris, aun fuera del carnaval, hay personas que se suponen titulos, y para evitar este abuso se han promulgado leyes.

Y ese Amor, ¡pobrecillo! anda pidiendo limosna a todo el mundo.

En esto, segun dijo el caballo, representa bien al amor de nuestra época, que siempre esta pidiendo.

Yo me habia formado una idea muy distinta.

¡Oh! ¡mis hermosas llanuras de la Normandia! ¡mis frescos prados! ¿Porqué me he separado de vosotros? ¡Oh! mi vida tranquila y suave, ¡qué deseos tengo de volver a ella!

Al escuchar los discordantes sonidos de las trompetas, recordaba el murmullo del viento bajo los árboles, y le echaba de menos.

Al ver lo abigarrado de aquellos trajes, el brillo humeante de las antorchas que alumbraban mi vuelta, pensaba en los hermosos rayos de sol que se esconden detrás de las colinas.

¡Oh! el buey flaco tenia razon para menear la cabeza... Todo contribuye a inspirarme lúgubres pensamientos... hasta ese matadero... ¡Horrible palabra!... Me parece mas siniestra aun que el domingo... Pacot, Pacot, en donde estás... quiero que me lleves otra vez a mi establo... Pero ¿qué ruido es ese? parece un gemido... ¡Pacot!... seria la primera vez que no me habrias acariciado antes de acostarte... Lo que es yo no dormiré hoy.

IX.

Miércoles de ceniza a las nueve de la mañana.

Pacot vino por fin, pero no me llevó... ¡Y qué pálido estaba!... Se vino hacia mí a paso lento, luego me contempló silenciosamente... y mientras me miraba... — ¡Oh! esta vez no me he engañado... dos gruesas lágrimas caian de sus ojos.

— ¡Pobre Coco! decia, ¡pobre Coco!

Y eso fué todo. Pacot se volvió y se alejó con presteza. ¿No me quiere ya? Pues yo le quiero... pero no, puesto que lloraba... Otro gemido... ¿qué oigo?... hombres que hablan... ¿qué dicen?

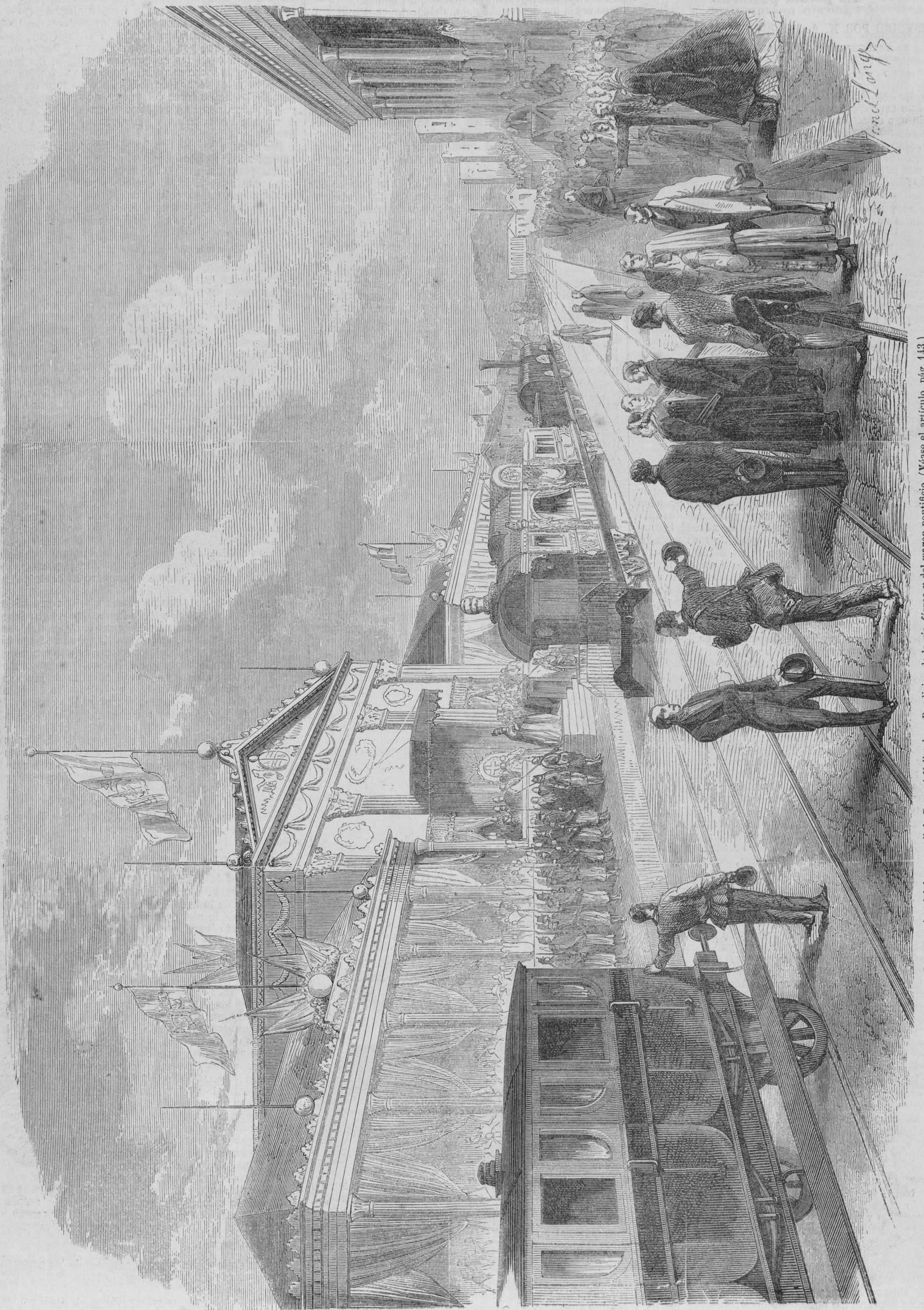
— ¡El buey gordo... muerto!... ¡soberbio animal!... Sí, helos aquí que entran... traen cuchillos... Pacot... yo que te creia...

¡Oh! ¡el buey flaco! ¡el buey flaco!

P. V.



El carnaval de 1862. — La procesion del buey gordo.



Inauguración del ferro-carril de Roma á Velletri. — Bendición de la vía férrea y del wagon pontificio. (Véase el artículo, pág. 143.)

La poesía pastoral.

ESTUDIO POR M. A. RODRIGUEZ FERNANDEZ,

TRADUCTOR DE LOS IDILIOS DE GESSNER.

(Continuación.)

Y no hay que admirarse de la dureza y mezquindad de este carácter, cuando al *Enamorado* del idilio XVIII le da una situación tan enconosa, tan extremada, tan indigna no solo de un pastor del tiempo de los patriarcas, sino de todo hombre racional. ¿Por ventura será envidiable un pastor, que despechado de la violencia de una pasión infame, llega a cometer un horrendo suicidio?

Matóle amor, espera, caminante,
Y á par del puesto di, por un ingrato.
Esto diciendo, á la pared alzaba
Una gran piedra, y de delgada cuerda
Atóla al medio umbral, y puso al cuello
Un lazo, y con los piés movió la piedra,
Y colgado murió.

¿Y cuáles fueron las demostraciones del amado, al ver sacrificada tanta juventud y hermosura á su esquizidez y crueldad? Las que pudiera hacer un tigre carnívoro, un asesino sediento de sangre humana:

Luego su puerta
El otro abrió, y miróle allí pendiente
Y muerto en su atrio mismo: ni movióse
En su ánimo á llorar la fresca muerte,
Y mancilló en el muerto sus vestidos,
Y á la liza partió, y allí á lo lejos
Buscando andaba los amados baños.

Pero bien lo pagó, porque llegando junto á un ara, donde el númen del amor estaba colocado,

Saltó la imágen,
Y al mancebo cruel dejó sin vida.

¿Qué lector se complacerá en tan negras catástrofes, cuando trata de dulcificar su espíritu, y sustraerle por un momento á la corrupción que al presente inunda las sociedades? ¡Oh Dios! Estilo, arte y pensamientos inimitables; pero ¡los caracteres y situaciones! horrozan, desconsuelan ciertamente. ¡Cuanto mas mirado, cuanto mas filántropo es Maron en su *Alexis*, sin embargo de haber tomado su idea de este mismo idilio! ¡Cuanto mas lo es Garcilaso en su *Salicio y Nemoroso*! ¡Y Gessner!... ¡Ah! repitamos que la propiedad de las situaciones pastorales excluye los sucesos trágicos, y todas aquellas pasiones, cuyo oficio no sea agradar e interesar.

La variedad es también indispensable en las situaciones que concurren al agrado, como se ha dicho. Sin ella todo sería uniformidad y languidez desabrida y molesta, todo contrario á aquella inconsciencia con que el alma va momentáneamente de objeto en objeto, estimulada de su natural curiosidad. Pero ¿cómo variar las situaciones y caracteres de unas personas cuya vida, profesión y costumbres en nada se diferencian? La observación atenta de Gessner ofrece un arbitrio muy obvio. Siendo común á todos los pastores poéticos el amor á la tranquilidad y a los placeres inocentes, no hay mas que sacar de este fondo todas las pasiones, y darlas el condimento que las constituye pastorales. El temor, la tristeza, la esperanza, la alegría, el amor, la amistad, el odio, la envidia, la generosidad, la piedad, y otros mil afectos que abriga el corazón humano, prestarán un riquísimo fondo para instituir los caracteres y multiplicar las situaciones, mucho mas pudiendo todavía modificarse, según las edades, sexos, lugares, circunstancias, etc.

Pasando á dar cuerpo á los caracteres así formados, y á explicar las situaciones lisonjeras, lo primero que hace al caso son los pensamientos. Tienen este nombre en poesía aquellos conceptos, que chocando de algún modo, salen de la clase ordinaria, y se distinguen ya por su solidez, ya por su singularidad, ya por su finura. Como quiera que sea, los pensamientos que se ponen en boca de los pastores, deben caracterizarse por la sencillez y franqueza. Ya se comprende que sencillo es opuesto á lo reflexionado, á lo afectado, á lo sutil; y franco lo es á lo doble, ceremonioso y reservado. Sirvan de pauta dos ejemplos tomados de Gessner:

«Si por cierto, yo apostaría á que estos son besos.
» Ven, vamos á preguntárselo á la Cloe, mi amiga;
» pero antes componme la guirnalda, y los cabellos que
» me has desmelenado.» (Idil. IX.)

«¿Qué necesito yo el oro? Yo estoy de todo abastado.
» ¿Por ventura compraría yo con el oro la fruta de mis
» arboles, ó las flores de mis praderías, ó bien la leche
» de mis rebaños?» (Idil. XV.)

En cuanto al espíritu de las personas rústicas no puede fijarse una regla general; pero ya se ve que deben distar mucho de las ciudadanas. Con esta restricción pueden suponerse pastores con diferentes grados de talento, que hablen en el idilio con tono diferente, hasta con el mas sublime, como en la égloga sexta de Virgilio canta Sileno el origen del mundo y el diluvio de Deucalión y Pyrrha; y como el Fauno del idilio X de Gessner, imitado seguramente del primero, canta varios sucesos mitológicos alusivos al campo. Esta diferencia de cultura y sabiduría debe graduarse por la condición respectiva de los pastores, y esta por los rebaños mas ó menos numerosos que poseían, porque la mayor ó menor riqueza siempre ha interpuesto gran intervalo entre los hombres, ó por mejor decir, siempre los ha

dividido en clases y gerarquías. París, que conducía en el Ida los rebaños del rey Priamo, su padre, y Apolo que regia los del rey Admeto, debían tener lenguaje y sentimientos muy superiores á los de los mayores y zagales, que siendo por lo regular personas viles y groseras, sus cantos debían participar de su condición y costumbres.

Y es cierto que participaron, porque cuando los propietarios de la ganadería renunciaron del todo á la ocupación pastoril, confiandola al cuidado de esclavos y gente mercenaria, la bucólica no pudo menos de resentirse de su desvío; degeneró, se corrompió, y enmudecieron poco á poco los montes y valles, porque faltaron bucolistas capaces de inspirar interés, y de producir ideas que sostuviesen la naturaleza de tales composiciones.

Se ha dicho que los pastores deben distar mucho en talento de las gentes que se crían en villas y ciudades, pues si tuviesen una imaginación tan fecunda y atrevida, como ellas, y un acopio de nociones que no se adquieren sino en el gremio de las sociedades cultas á costa de largas y penosas tareas, ¿cómo se daría el nombre de pastorales á sus conversaciones y cantos? ¿Qué sería de la verosimilitud, que exige de los pastores poéticos un entendimiento limitado á su esfera, y además aquel modo de percibir y pensar que caracteriza la infancia del mundo? Mas los sentimientos de virtud y beneficencia en nada se le oponen; antes bien siendo propios para nuestra enseñanza y reforma, ningún aspecto pueden presentar de tanta recomendación. Y hé aquí la mejor apología de Gessner contra aquellos genios escrupulosos, que le han criticado por el aire filosófico y religioso que dió á muchos de sus idilios.

Evitada pues la fecundidad y atrevimiento, no se prohíbe á los pastores el imaginar grandes cosas, como sea siempre con una especie de timidez y apocamiento, y su expresión indique cierto pasmo y embarazo, que descubra su fondo en medio de la misma narración. Así se explica Myrtilo en el idilio V:

¡Oh tú, á quien mas venero, si los dioses
Son exceptuados antes, padre mio!
¡Oh cual reposas descansadamente!

Y mucho mejor Palemon en este pasaje:

Si atrás torno la vista, me parece
El curso de mis años una larga
Primavera, y algunas tenebrosas
Horas por caso en ella intercaladas,
Tan solo tempestades pasajeras
Que humedecen los campos y las plantas.
(Idil. XIII.)

Los pastores deben sentir mas que pensar y discurrir. Observando este precepto, se evitan dos extremos de que se han librado pocos poetas: el de formar pastores groseros, y por decirlo así, embrutecidos; y el de formarlos con un estro y lenguaje dignos de acompañar á la trompa épica. La asidua lectura é imitación de los buenos modelos solo son capaces de allanar la difícil vía que lleva a este justo medio, y por eso, burlándose del vulgo de los poetas, solo se presta á ciertos genios privilegiados, que nacen de siglo en siglo para honrar las artes de agrado. Gessner es uno de los que alcanzaron este justo medio; su primor encanta por do quiera, y tal vez no hay otro bucolista que le arrebatte la palma de las manos. Oigámosle:

Allá en aquella hondura,
Bajo el rústico techo, de do sale
El humo, ondas haciendo
Por medio de los árboles, morada
Es de Fili. ¡Ay mi Fili! por ventura,
Porque hora yo te ignale,
Cabe tu hogar sentada sosteniendo
La tu cara agraciada
Sobre la mano estás, y en mí pensando,
Y, cual yo, deseando
Que torne la templada primavera.
Fili, eres hermosa;
Mas tu hermosura sola no ha encendido
Del dulce amor, que siento, la hoguera.
(Idil. IV.)

No es menos sentida la respuesta de Cloe á Fili, que le preguntaba porqué estimaba tanto su canastillo:

Hámelo regalado
Amyntas el garzon, el mas hermoso
De todos los pastores,
Y es de su propia mano fabricado.
¡Mira con cuánto aseo,
Y cuánta gracia las vistosas flores
Ha sobre el blanco fondo entrelazado
Con estas verdes hojas!
¡Oh cuánto mi cestillo me es precioso!
Do quiera que camino
Pendiente de mi brazo va continuo.
Las flores me parecen mas hermosas
Y de olor mas suave,
Cuando en él son metidas;
Las frutas á mi boca mas sabrosas,
Cuando en mi canastillo son cogidas.
(Idil. XVIII.)

Esta doctrina sobre la invención de los caracteres rurales está fundada sobre la razón y el buen gusto; pero no obstante á muchos pareciera abstracta y de difícil inteligencia. Estos hallaran una regla mas segura, mas material en la analogía de los caracteres con los lugares que ocupan los pastores. El hombre, por mas que el arte y el cultivo renueven y ennoblezcan su espíritu, es semejante á los vegetables, cuyos frutos son mas ó menos exquisitos en razón de la calidad del terreno que los produce y alimenta. Los prados verdes, la sombra fresca, y el aire puro y embalsamado con la

fragancia de las flores, ¿qué hábitos podrán inspirar á un hombre de buen corazón y de ánimo tranquilo, sino la simplicidad, la dulzura, la risueña alegría? Hé aquí pues el carácter fundamental de los pastores poéticos, derivado de la naturaleza misma. Y si es cierto, como dice Séneca, que por el modo de servir la mesa puede hacerse juicio de las costumbres y aun de las artes, ¿quién por la leche cuajada, las frutas bermejas, las castañas y los lechos de follaje, no se formara justa idea de los habitantes del campo, de sus fiestas, adornos, música, danzas y arquitectura, si cuadra bien este nombre á las cabañas y emparrados, bosques y colinas?

Por estos elementos se ha de juzgar también de la naturaleza de su poesía, la cual sigue en todo el carácter de los pastores, así como en la sociedad cada clase habla conforme á la educación, ideas, costumbres y modales que le son privativos. Horacio, juez competente en hecho de buen gusto, señala por carácter de la poesía bucólica *la dulzura ligeramente sazonada* (1).

Molle, atque facetum
Virgilio annuerunt gaudentes rure camœnæ.

Y efectivamente tal es su perfecto ideal, tal el cánón á que deben ajustarse las obras de este género.

La poesía pastoral debe pues ser sencilla y delicada sin afectación en su estilo y pensamientos; pero no tosca ni desaliñada: deben reinar en ella los sentimientos tiernos, dulces y graciosos, los lindos y amenos paisajes, asilo digno del candor y del reposo; en una palabra, debe pintar la bella naturaleza con aquellos lineamientos y colores que mas propiamente expresan su verdadero semblante y la providencia de sus designios.

Las églogas ó idilios formados sobre este plan, son comparables á la perspectiva de un vergel, poblado de flores y arboles con frutas, cuya vista recrea en la frescura de la mañana con el ligero colorido de que los cubre el rocío. El alma enajenada en su lectura, se aleja de la ciudad, y se trasporta al campo; esta como en un medio sueño, sin pensar mas de lo preciso para percibir que reposa. En estos instantes es cuando, des- embarazada de la simetría y de las proporciones del arte, se halla en aquella especie de desorden, que le permite verlo todo, sin que ningún objeto en particular hiera y detenga su atención: cuando siente dentro de sí la soledad, y le parece gozar de ella realmente: cuando retrocediendo ansiosa hasta el venturoso siglo de oro, encuentra allí el retiro cómodo y agradable, que tanto contenta y satisface á un hombre inocente y candido.

Gessner produce estos preciosos efectos; sus idilios rebosan aquella unción, aquella fuerza que penetra hasta el alma, y la enseñorea agradablemente. ¿Quién, leyéndolos, será tan adusto, que se resista á amar y bendecir la sabrosa vida del campo, y no suavice la aspereza de su carácter con las dulces y desconocidas sensaciones que imprimen; bien así como el encanto de la poesía antigua trasformó en tratables y civiles á los barbaros Areades, puliendo su razón, y arraigando en ellos la ternura, la humanidad y todas las virtudes sociales? El idilio II es un testimonio de lo que puede el arte, cuando un ingenio profundo se prevale de él, y apura y dirige sus recursos con conocimiento del corazón humano. ¡Con qué ingenuidad cuenta Mylon sus bienes! ¡Qué pincel retrataría mejor la escena, de que era dueño pacífico y espectador venturoso!

«¡Quiéreme, hermosa Cloe! Mira cuán sabroso es
» morar en la gruta que yo ocupo sobre este collado.
» Mira cómo la yedra enlaza agradablemente su ver-
» dura, para cubrir esta peña, cuya cima esta coronada
» de un espino. Mi gruta es cómoda, sus paredes estan
» guarnecidas de blandas pieles, y á su entrada he plan-
» tado calabazas, que erciendo la defienden contra el
» resplandor de la luz. Mira cómo el agua se precipita
» espumosa de lo alto de mi peña, y corriendo en se-
» guida por el césped, atraviesa la yerba florida, y desde
» allí va ayuntarse en el pie de la colina á un pequeño
» lago, cercado de sauces y cañaverales, do muchas
» veces en la claridad apacible de la luna bailan las
» ninfas al son de mi flauta, en tanto que los faunos
» ligeros brincan al compas de sus erótalos. Mira sobre
» la colina á los avellanos, uniendo sus ramas con es-
» trechos abrazos, formar escondrijos de verdura. Mira
» á las espinosas zarzas con su negro fruto arrastrar
» en torno de mi morada, y las ramas de este escara-
» mujo salpicadas con granos de un rojo subidísimo, y
» estos manzanos de verdes pimpollos vestidos y car-
» gados de fruta. ¡Oh Cloe! todo esto es mio. ¿Qué mas
» puede venir al deseo? Mas ¡ay de mi! si tú no me
» amas, una opaca niebla cubrira esta bella campiña.
» ¡Ah Cloe! amame. Aquí nos sentaremos de consuno
» sobre la mullida yerba, en tanto que las cabras trepan
» por la falda escarpada de la montaña, y las ovejas y
» terneras huellan en derredor de nosotros la yerba es-
» pesa: luego volviendo nuestros ojos á la inmensa
» llanura, contemplaremos la sobrehaz undosa del mar,
» donde los tritones saltan alegres, y do Febo baña su
» esplendente carro. Cantaremos, y nuestros acentos
» resonaran en las rocas del contorno, y se pararan á
» escucharnos las ninfas y los satiros con cabrunos
» piés.»

Después de lo dicho sobre el carácter de los pastores y la naturaleza de la poesía, siguese tratar de su estilo;

(1) *Cours de bell. lettr. exerc. sur l'Eglog.*, de donde son varios pensamientos de esta teoría.

el cual, aunque tiene íntima conexión con el poético en general, por ser uno mismo su fondo, con todo eso hay algunas particularidades, que le cualifican y distinguen del de todos los demás géneros.

La simplicidad, la dulzura, la sencillez y la gracia son pues sus dotes esenciales, verdaderamente conformes a las pasiones, á las acciones, y á cuanto sirve de materia a la bucólica.

Lo simple consiste en que los vocablos y modismos familiares se empleen sin pompa, sin ficción, sin apariencia de agradar:

« Salve, Mycon, amable cantor. Cuando te veo, no sé qué siento, que el corazón palpita de júbilo. ¿Dó estas, amigo? pues desde que sentado en la piedra, á orillas de la fuente, cantaste la canción de la primavera, no he vuelto á verte. » (Idil. III.)

Lo dulce es un no sé qué, que se siente mejor que se explica. Parece que consiste en una cierta blandura con mezcla de delicadeza y simplicidad, ya en las cadencias, ya en las palabras (1):

Y juntamente hablando
El cestillo, decía:
Yo quiero darte á Cloe,
A la garrida Cloe,
En cuya risa moran los encantos.
Ayer que conducía
Conmigo su manada, saludóme:
Déte, Amyntas, el cielo muy buen día,
Con un aire tan dulce,
Tan dulce sonriendo,
Que el corazón latiendo
Salíseme del pecho parecía.
Y vosotras variadas
Ramas de mil colores,
Dejaos doblegar sin resistencia,
Y no os rompáis, ni os pese
Ser por mí entrelazadas,
Pues seréis colocadas
A par de Cloe, que es de las pastoras
La más encantadora.
¿O si en algo preciase
La Cloe este cestillo!
¿O si algo le preciase, y de continuo
Consigno le llevase!

(Idil. XVIII.)

Lo sencillo procede del sentimiento, y es opuesto á lo reflexionado, porque un vivo sentimiento agita al alma hasta enajenarla, privándola de aquel sosiego y libertad, con que obra siempre que reflexiona. De esta contrariedad se concluye que el estilo pastoral no solo debe ser limpio de cuanto supone estudio y aplicación, sino también de cuanto sirve á despertar la idea de fatiga y trabajo.

Si el estilo ha de ser acomodado á cada asunto, y por él se ha de distinguir, así como por el color la superficie de cada objeto, la sencillez pertenece de derecho á la poesía campestre. ¿Y en qué consiste la sencillez de estilo?

1º En la elección de expresiones simples y llenas de suavidad, que parecen nacidas por sí mismas en el lugar que les cabe en la oración. Bervigracia:

¿Y qué ser puede
¡Oh dioses! tal mocion, que en explicarla
Se embaraza la lengua, y este lloro
Que de júbilo vierto, sino flacas
Demostraciones de agradecimiento
Por vuestros beneficios? Pues sin tasa
Salid, lágrimas, fuera, y mis megillas
Bañad, corriendo en hilos desatadas.

(Idil. XIII.)

2º En las construcciones hechas como por casualidad, ó en aquella culta negligencia, que sin dejar de explicar perfectamente el sentido, da á conocer con claridad la situación del alma, y el poco vigor de la fantasía:

Hoy mismo que mis brazos has dejado,
Por dejar la cabaña, y al sol puro
Salir á calentar los lasos miembros;
Y viendo retozar sobre la yerba
Cerca de tí el rebaño, y los frutales
Cargados de sus frutas, y la copia
Por toda la comarca derramada,
Hoy mismo allí decías: mis cabellos
En el júbilo se han encanecido.

(Idil. V.)

3º En ciertas frases y cadencias rejuvenecidas; pero que conservan todo el aire del estilo antiguo. Es exquisita la sencillez de los buenos escritores españoles del siglo XVI, y su continuo trato, contando con el gusto natural del poeta, será el ejercicio más oportuno para adquirir la facilidad y discreción de forjar y sembrar semejantes locuciones.

Cuando en mi gruta á verme se juntaban
Los ya tristes amigos de consuno,
De mi cántaro en torno se sentaban,
Y por él bebiendo iban uno á uno;
Mas antes de beber todos cantaban,
Cada cual en vez y orden oportuno,
La aventura que al lado era esculpida,
Por do aplicaba el labio á la bebida.

(Idil. X.)

Lo gracioso se emplea en las descripciones, y es opuesto á lo desagradable. Consiste en mostrar los objetos agradables con todo el agrado de que son susceptibles. Siendo las descripciones uno de los principales adornos del estilo, porque su oficio es retratar los lugares, las personas, las actitudes, y cuanto podemos

(1) Cours de bell. lettr. exerc. sur l'Eglog.

percibir con los ojos y comprender con la mente, conviene muy mucho ejercitarse en este precepto. Gessner tiene bellísimas descripciones, porque conocía científicamente el paisaje, y la perspectiva tan necesaria al arte de describir. Basta para muestra una del idilio IV.

(Se continuará.)

Revista de la moda.

SUMARIO. — Los bailes. — Los lunes de la emperatriz. — Prendido de S. M. — Bailes en el Hotel de Villa, en el ministerio de la Guerra y en casas particulares. — Un baile de trajes en Orleans. — La Estrella de la mañana. — Prendidos de baile fotografiados en Tullerías. — Los tocados actuales. — Colección de tocados á la moda. — Descripción del figurin de este número que representa trajes de baile.

Los bailes están en todo su apogeo. Los lunes la emperatriz recibe en sus salones particulares. En su última reunión llevaba un precioso traje que se componía de un vestido de tarlatana muy diáfano, guarnecido por abajo con una ruche de tarlatana recortada con un cordoncillo de flores. Sobre esta florida guirnalda había una segunda ruche de tarlatana, y luego otra guirnalda. Encima de la primera falda flotaba un velo de tarlatana recogido á un lado por una gruesa rosa de tarlatana sin follaje. S. M. llevaba en la cabeza una diadema de diamantes y esmeraldas, y en la garganta un collar de gruesos brillantes. También en este baile se distinguían las hijas del nuevo conde de Palikao, entrambas encantadoras, con otras señoras y señoritas de lo principal de la corte.

Los bailes del Hotel de Villa se hallan igualmente muy en boga. El baile del ministro de la Guerra ha estado brillantísimo. La diplomacia extranjera estaba representada en él por S. E. el señor Mon, embajador de España; S. E. el conde Kisseleff, embajador de Rusia; los ministros y encargados de negocios de diferentes países europeos y de varias de las repúblicas americanas.

La sociedad extranjera de París da también grandes bailes muy concurridos. En el de la señora de Buttafield se distinguían la embajada de Rusia con sus trajes característicos, el general Palikao con su señora y niñas, señora y señorita Dayton, señora y señorita de Errazu, señora y señoritas Belloc, el marqués de Hallay y sus hijas, la condesa de Caze, señora y señoritas Herrera, madama Pereira, madama Phalen y la condesa de Gabriac.

A las seis se sirvió una espléndida cena. En el barrio de San German se dan también grandes bailes. Vamos á hacer una excursión á Orleans, donde M. Mayne, recaudador general de contribuciones, ha dado un magnífico baile de trajes en el cual se distinguía su señora, vestida de Estrella de la mañana.

Su tocado se componía de una sola estrella de diamantes sostenida por un bandó de plata, en el cual estaba prendido un velo de tul ilusión que flotaba sobre un pouff de flores rosadas y blancas que caían sobre sus hombros.

Pasemos al vestido. El corpiño, á la diosa, era de tul azul, y llevaba un cinturón de plata como el tocado. Un rastro de rosas húmedas de rocío guarnecía los contornos del cuerpo á guisa de berta. El fondo de las faldas era una nube de tul azul y de tul blanco. Una de las faldas de tul azul estaba recogida al lado por una guirnalda de flores acompañadas de las estrellas nocturnas que aparecían entre el tul muy nebulosas. El velo del tocado llegaba por el lado opuesto al cinturón de plata, y completaba la alegoría.

Ahora que he señalado los principales de los grandes bailes, justo es que describa los prendidos que más llaman la atención en ellos.

Hé aquí una colección copiada noches pasadas en las Tullerías.

— Un vestido compuesto de una primera falda de raso blanco con volantes menudos de crespon blanco por abajo, alternados con otros de raso blanco ribeteados de raso verde. Sobre esta falda caía una túnica de terciopelo verde adornada con una blonda blanca velada de encaje negro. En el bajo de esta túnica serpenteaba un volante de encaje de Chantilly puesto en girandola. El corpiño tenía draperías de raso blanco y terciopelo guarnecidas de blonda y de encaje negro.

— Otro vestido formado de oleadas de tarlatana blanca y encaje azul sosteniendo dos ricos volantes de encaje de Inglaterra coronados con una ruche de tarlatana recortada azul y blanca. Por un lado el encaje quedaba prendido en un lazo de terciopelo azul. El cuerpo llevaba draperías azules y blancas con orla de punto de Inglaterra.

— Otro vestido de tul blanco sobre trasparente de raso blanco con cinco gruesos bullones en el bajo de la falda; separados por anchos sesgos de terciopelo Solferino. Sobre esta falda caía un velo recogido de lado con un lazo de terciopelo Solferino.

— Un vestido veneciano con anchas puntas de tul blanco y tul capuchina que se confunden, produciendo un efecto muy pintoresco de dos colores. Las puntas capuchinas llevan bullones, y las otras describen pequeños volantes rizados. El corpiño reproduce las mismas disposiciones. En medio hay una punta capuchina, y á cada lado una blanca.

— Otro vestido compuesto de tres bullones de tarlatana separados por tres ruches de tarlatana que se repiten sobre toda la falda. Un cordón de primaveras de China de variados colores parte del hombro derecho y atraviesa el cuerpo y la falda, sembrando de distancia en distancia cinco lindos ramilletes.

— Otro vestido de tul blanco con bullones hacia abajo y con volantes de Chantilly sobre el tul. Cubre la falda un velo de tul sembrado de abejas de terciopelo cereza, orlado con un rizado de tul y un volante de encaje de Inglaterra. Este velo está reco-

gido de lado con un adorno de geranio encarnado. El cuerpo lleva draperías de tul adornadas con encaje negro y blanco. El tocado es una diadema de geranio purpurino y de hojas de oro.

Hé ahí una série de vestidos á cual más nuevos.

Hablemos ahora de los tocados, si es que me atrevo á decir cuáles son las modas actuales en este punto. Las parisienas, ¡quién lo diría! se peinan como las chinas y como las salvajes.

Cuanto más exagerados son los peinados, más admiración despiertan en todo el mundo.

El cabello se ahueca y se disemina en mechones vagabundos que vienen á formar como una lazada sobre lo alto de la frente. El efecto que produce este lazo, justamente en el lado opuesto á aquel en que debería estar, es extraordinario. Pero ¿qué remedio? La moda lo quiere así, y es preciso obedecer sus caprichos.

Para dar una idea de los tocados nocturnos, voy á describir algunos de ellos.

— Un tocado duquesa de lilas de Rusia, que describe sobre la cabeza un ramillete de flores con una larga pluma color de lila, que rodea el ruló de cabello y flota por detrás sobre el hombro. Este mismo adorno se hace con florecillas azules y follaje verde diamantino, y con claveles encarnados y pluma blanca.

— Un tocado peruano compuesto de frutas negro aterciopelado y follaje verde luz. Las frutas caen en penachos sobre el cabello por un solo lado de la cabeza, y el follaje se extiende en forma de quitasol de verdura por detrás. Este tocado original tornasolado con polvos diamantinos llama mucho la atención en Tullerías.

— Una diadema antigua montada con racimitos de uvas color amatista y negro, separados con pámpanos menudos.

— Un lazo trovador (época de Carlos VII) abarquillado con terciopelo rubí y recogido en cuatro cocas atravesadas por una cadeneta paja de oro, terminada con agujetas de oro.

— Un tocado Diana de Poitiers, compuesto de cocas de terciopelo negro con hojas y frutas de yedra de oro. Sobre el lado se abre un grupo de gruesas frutas de oro.

— Un pouff Pompadour de plumas rosa rey sobre un lazo de terciopelo negro.

— Un tocado Perú, que lleva al lado una pluma encarnada (ó de cualquiera otro color) prendida con un colibrí.

— Un tocado Valentina de Milan, todo de hojas de terciopelo negro con pouff de plumas negras y margaritas de diamantes.

— Una corona Watteau para niña, compuesta de yedra y frutas negras y rosadas. Esta corona se pone de lado sobre el cabello muy encrespado.

— Una diadema Florian de cinta rosada con pouff de ramitas de jazmin. Las florecillas blancas del jazmin parecen otras tantas estrellas.

— Un tocado de geranio purpurino natural con su follaje.

— Un tocado emperatriz con espigas de oro, verdes y color de avellana, sembrado de frutas de las islas. S. M. ha dado á este tocado un tipo característico.

— Un tocado Errazu de semillas de América, adecuado á los aderezos de coral encarnado.

Este tocado singular exige una belleza deslumbradora, como la de la hermosa jóven que ha dado su nombre á esta diadema, que describe cuatro bandós indios.

Terminaremos con la descripción de nuestro figurin que representa igualmente trajes de baile.

El primero es de tul blanco sobre trasparente de raso blanco. Tres volantes coronados con tres bullones de tul adornan la falda, y llevan á cada lado largos cordones de rosas.

Cuerpo con bullones de muselina y una gruesa rosa en medio. En la cabeza pouff de rosas. Abanico con hojas de tafetan coloreadas con ramilletes de rosas.

Detrás de esta jóven está sentada una señora de unos treinta años, con un vestido de terciopelo verde y berta rizada. Tocado de plumas con collares de perlas y barbas de tul ilusión.

La tercera figura lleva un vestido de terciopelo rubí con un cinturón de encaje de Chantilly con puntas sueltas al lado.

El cuerpo escotado lleva un cuello de tul con berta de Chantilly. Mangas de encaje. Tocado de plumas blancas y plumas rubí con perlas blancas.

El último vestido es de tul malva con dos faldas. La primera lleva bullones al sesgo hasta media falda con rulós de raso, y la segunda va recogida con rosas amatista y hojas acuáticas. En lo alto de la cabeza pouff de rosas malva y blonda.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

Inauguración

DEL FERRO-CARRIL DE ROMA A VELLETRI.

Roma 30 de enero de 1862.

Una feliz casualidad me ha conducido á Roma á través de todas mis peregrinaciones por Italia, en el mismo instante en que iba á tener lugar la inauguración del ferro-carril hasta la frontera napolitana. Habiéndome ofrecido un puesto en el convoy de honor la administración de la nueva sociedad que tiene á su cargo la empresa, he tenido la idea de sacar los dos dibujos que acompañan, á los que añado las siguientes explicaciones.

Hasta el último instante se había creído que el santo padre asistiría á esta fiesta de la industria en la que se hallaba interesado directamente, pues desde el principio de su reinado hasta el día ha sido el promovedor y el profeta de los ferro-carriles; pero una violenta tempestad que sobrevino la vispera de la inauguración hizo temer á los médicos que se resintiera la salud del papa con tan fuertes variaciones atmosféricas, y le obligaron, digámoslo así, á renunciar al placer que se había prometido; sin embargo, Pio IX quiso que su ausencia no quitara nada á los esplendores de tan magnífica ceremonia, y encargó al arzobispo, príncipe de Hohenlohe,

su limosnero, que bendijera en su nombre la locomotora y el tren de honor. Le rodeaban los prelados de la corte apostólica y los músicos de la capilla Sixtina.

Algunos minutos antes de las diez de la mañana, los cardenales Antonelli, Altieri y Mertel llegaron a presidir la fiesta. El embajador de Francia, los ministros de España y de Bélgica, el general Goyon escollado de un numeroso estado mayor, los jefes del ejército pontificio, un crecido número de príncipes romanos y de señoras de la mas alta nobleza se reunieron a este cortejo, que crecía a cada instante, y que recibían muy cortésmente los príncipes Borghese y Altieri, el conde Antonelli, gobernador del Banco, el caballero Filipone y M. de la Bouillierie, delegado por el consejo de administración de París. El primer dibujo figura la solemnidad de la bendición de la vía férrea, de las máquinas y del wagon pontificio. Se oyó el *Te Deum*, y luego, a las aclamaciones de la muchedumbre que se apiñaba detrás de los regimientos franceses y romanos, el tren de honor se lanzó hacia Velletri, lugar designado para la celebración de tan brillante fiesta.

Este ferro-carril que atraviesa los montes Albinos, se extiende sobre un país donde la historia y la poesía encontrarán eternamente una abundante cosecha de recuerdos. Aquí está Frascati, donde vivieron Cicerón y Luculo; allí Ciampino, donde aparecen aun los vestigios de Julio César; mas allá Albano con la tumba de sus tres Curiáceos, y sus palacios de una elegante majestad. Los bonitos lagos de Albano y de Nemi se ocultan bajo una verdura eterna. Tocamos a Civita-Lavinia, a Castelgandolfo y al palacio de estío de los papas, y luego, en medio de una campiña resplandeciente con todas las tradiciones clásicas y cubierta de monumentos, de acueductos y de ruinas, llegamos a Velletri, la patria de Augusto.

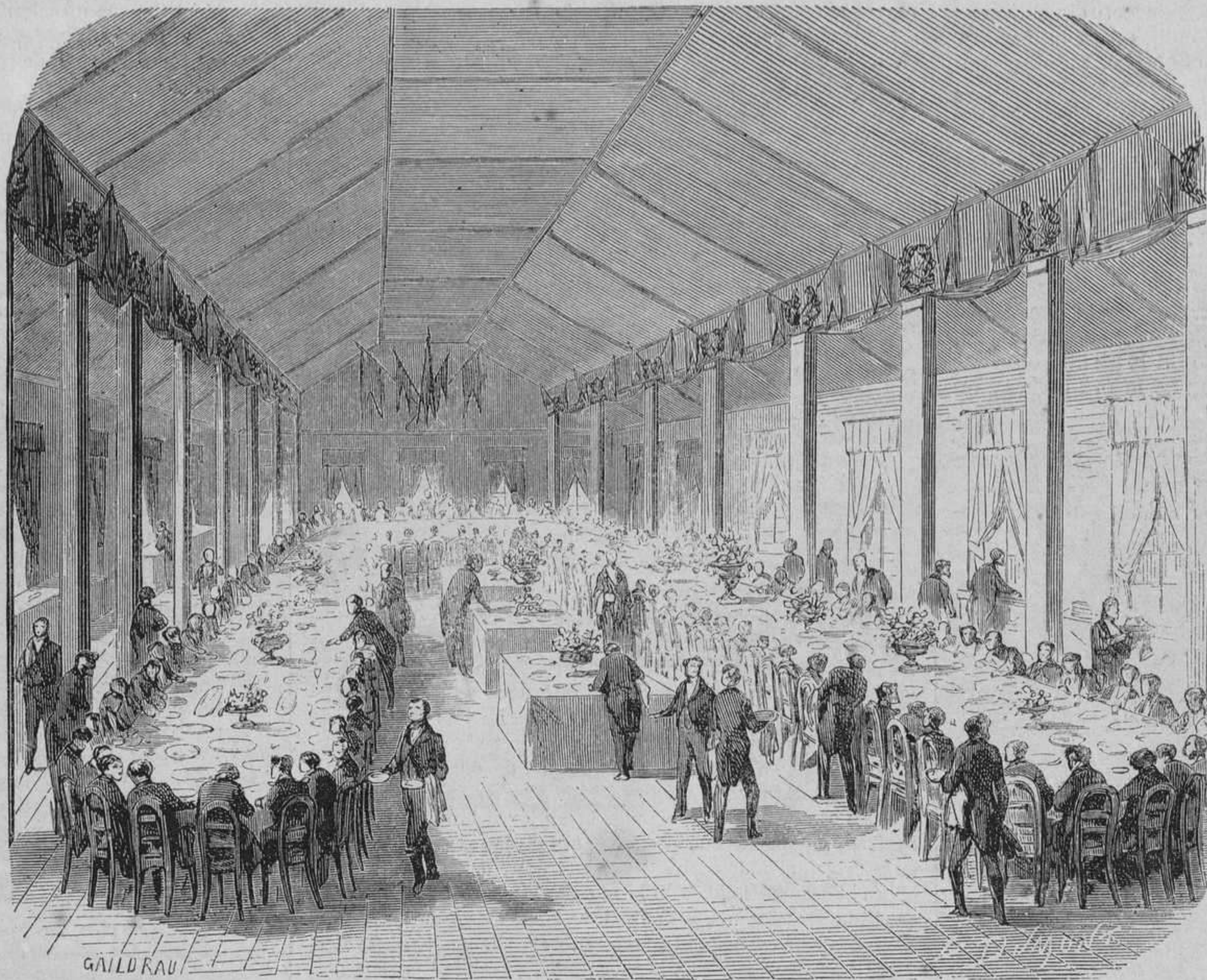
Las obras de arte que se admiran en esta parte de la vía férrea se hallan en un acuerdo perfecto con todas esas grandezas de la antigüedad. En Velletri el tren de honor es recibido por las autoridades pontificias de Ceprano, de Frosinone y de Anagni. Las bandas de música francesas y romanas tocan á porfía, y en breve 250 personajes de toda especie toman asiento a una mesa espléndidamente servida. En nombre del consejo de administración de la compañía, M. de la Bouillierie brinda *á la salud de nuestro santísimo padre el papa Pio IX*, y en términos de una elegante concisión manifiesta la esperanza de que en breve S. S. podrá cumplir la promesa que se había dignado hacer para ese viaje de inauguración. En su respuesta el cardenal Altieri dió á entender que el papa celebraría infinito poder visitar sus queridas provincias.

Largo rato admiramos el viaducto construido sobre el barranco de Santa Anatolia, y despues, á eso de las siete de la tarde, volvíamos á entrar en Roma, todos muy contentos por haber asistido á la primera fiesta que consagra en el patrimonio de San Pedro la industria francesa, y los esfuerzos de una sociedad financiera que con tanto ahínco se dedica á los progresos de la civilización.

C. J.

J. B. Biot.

M. Biot, que acaban de perder á la vez la Academia francesa, la Academia de ciencias y la Academia de las inscripciones, era uno de los mas ilustres y nobles representantes de la ciencia francesa.



Inauguración del ferro-carril de Roma á Velletri. — El banquete.

Largo tiempo hacia ya que era su decano; pues nacido en París el 21 de abril de 1773, ha muerto en el Colegio de Francia el 3 de febrero último á la edad de 89 años, despues de haber visto dos veces la completa renovación del Instituto.

Entró en la Escuela politecnica en 1794, y fué nombrado profesor en la Escuela central de Beauvais. Muy jóven y enteramente desconocido era todavía cuando escribió á Laplace para pedirle le comunicara las pruebas de la *Mecánica celeste*, cuyos cálculos deseaba tener á la vista. Entonces descubrió un nuevo género de ecuación, y se apresuró á enseñar su obra á Laplace

se debilita considerablemente á medida que se eleva en la atmósfera. M. Biot era pues el último representante de esa magnífica pléyade de hombres de genio, compuesta de Cuvier, Arago, Monge, Laplace, Berthollet, Thenard, Geoffroy-Saint-Hilaire, que tanto ilustró el principio de este siglo.

Además de sus hermosos descubrimientos en la astronomía y la física, M. Biot era uno de esos espíritus poderosos que reúnen á la profunda sagacidad del hombre de ciencia y de cálculo, el gusto de las letras y el don del estilo. Escribía con claridad, con fuerza, con una precisión admirable.

Por lo demás, consagró toda su larga vida á la ciencia y a las letras. Vió caer muchos gobiernos, no sin indiferencia, pero sin haberse declarado servidor de ninguno de ellos, pues se había mantenido constantemente apartado de la política, aunque cultivaba en la sociedad las mas altas relaciones. Pero ante todo poseía el noble orgullo del sabio; al ver la afición de los sabios ingleses á las condecoraciones, se sorprendía irónicamente, «porque deseaban con tanto ardor un modo de clasificación que no depende únicamente del mérito.»

Algun tiempo despues de su recepción en la Academia francesa, y como para justificarla á los ojos del público, dió á luz con el título de *Mélanges scientifiques et littéraires* tres volúmenes muy interesantes, donde se encuentran, entre otras cosas, curiosísimas observaciones sobre Newton y Galileo. Este trabajo permite á los hombres de mundo comprender y apreciar la penetración de su viva inteligencia, la seguridad de su método y la amabilidad de su estilo tan delicado como elegante. Le han comparado mucho con Arago, que fué siempre su amigo y compañero. Entrambos en efecto eran grandes astrónomos, han hecho notables descubrimientos en física, y sabían escribir y hablar; pero la carrera de los dos académicos ha sido muy distinta. Mientras Arago se complacía en prodigarse y se apasionaba por la política, Biot se encerraba exclusivamente en la ciencia. Por lo demás, su estilo es muy superior al de Arago por su claridad, su fuerza y su elegancia. Dos cosas honrarán eternamente á M. Biot: un amor constante y supremo por la ciencia, y un conjunto de facultades poderosas que rara vez se ven reunidas en la misma persona: era en verdad de la raza de los hombres eminentes. F. R.



J. B. Biot, miembro de la Academia francesa, de la Academia de ciencias y de la Academia de inscripciones, muerto el 3 de febrero de 1862.